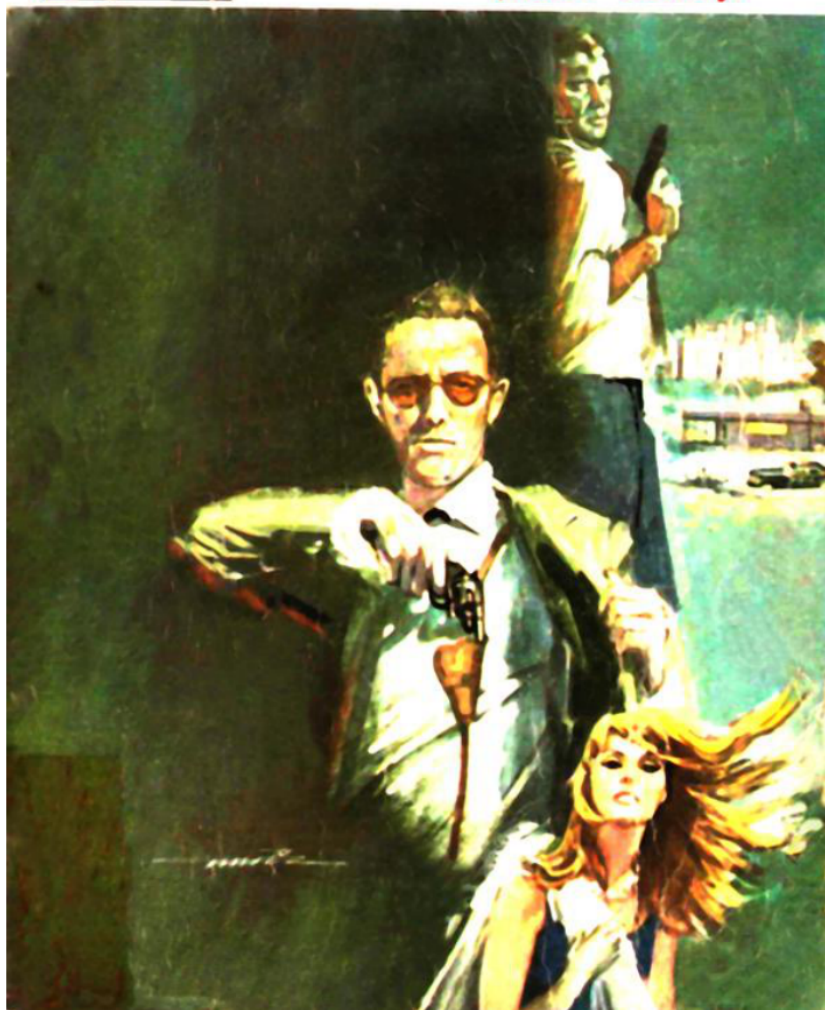




la secta de Dalila

peter debry



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

LA SECTA DE DALILA

Colección PUNTO ROJO n.º 441
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 32.621 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1970

© PETER DEBRY - 1970
sobre la parte literaria

© JORGE NUNEZ - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barceloná - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. — Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BUFALO:

870. — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. — Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

437. — Máscaras malignas.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

640. — Lobos con espuelas.

CAPÍTULO PRIMERO

La brisa marina nocturna disipaba el dominante olor de los *hot-dogs*. Los toboganes, montañas rusas, norias gigantes, *crazy-houses* eran invadidos por la muchedumbre veraniega.

Hacia la medianoche, Coney Island empezaba a trocar su concurrencia de empleados en vacaciones, por un público más escéptico, menos alegre.

Procedente de Manhattan, acudían a las atracciones de los clubs acuáticos, al tiro pichón, a los Jardines Franceses.

Era la hora en que de cada veinte personas que transitaban por Coney Island, una pertenecía a la policía especial del Trust de Atracciones.

Los rateros, chantajistas y descuideros de ambos sexos, apreciaban también la brisa nocturna y las penumbras de jardines, parques y restaurantes playeros.

Britt Milton iba a Coney Island a partir de la medianoche, porque era un tirador de primera, con certificado obtenido en Vietnam.

Y porque los gerentes del tiro al pichón, le habían cedido un alojamiento y derecho a cena.

El alquiler y la cena los pagaba a tiros.

Los palomos eran las víctimas y no extrañó que Britt Milton, al aceptar aquel trabajo que le ocupaba desde la medianoche a las dos de la madrugada hubiera impuesto una sola condición: borrar del menú los pichones.

Su tarea era sencilla: deambular por las terrazas de tiro, después de haber cambiado su traje por un *smoking* playero, en la cabina donde dos horas después, volvería a desvestirse para acostarse.

Cenaba en cualquiera de las mesas cercanas a las pistas de tiro, cuando había poca rivalidad entre los distinguidos aficionados a demostrar su buen pulso.

Y acudía con psicológica certeza al lugar necesario. Los dólares que entregaba pertenecían a la caja del Tiro al Pichón.

Dejaba revolotear el palomo hasta el punto que los mejores tiradores consideraban fallo y cero. Derribaba el volátil.

Los *clubmen* cuyos *smokings*, fracs o trajes oscuros no eran cedidos por la administración de Coney Island, sino pagados a altos precios a sastres famosos, experimentaban inmediatamente el ferviente deseo de emular o superar a aquel solitario tirador.

A veces, alguno insinuaba una apuesta, pero Britt Milton con sonrisa amistosa, afirmaba siempre lo mismo: era abstemio por lo que a juegos y licores se refería.

A veces, la aventura se presentaba en forma de amorío pasajero, porque el *smoking* le sentaba bien a Britt Milton, aunque no tuviera aspecto de financiero próspero, sino de leopardo famélico, según le había definido una de sus femeninas admiradoras.

—No tienes nada de guapo —le había asegurado la que triunfaba en los escenarios de Broadway—. Tu rostro es anguloso y cualquier mujer sólo al verte, adivina que no eres domesticable. Tus ojos escalofrían, porque tienen felina glacialidad.

—Es que tu coche está refrigerado —había replicado Milton.

Aquella respuesta estúpida no había aminorado el entusiasmo de la sensación de Broadway. Un entusiasmo que Britt Milton compartió.

Pero a la tercera noche de haber conocido a Melba Cortez, encontró sobre la mesita de noche de su cabina, una cartulina de hermoso color limón.

En ella, a máquina, el Departamento de Vigilancia de Coney Island, por conducto del inspector en jefe, que era un humorista, le participaba:

«La Administración envía su enhorabuena a nuestro Búfalo Bill, rogándole que a la lectura del presente comunicado, procure no arrullarse con Melba Cortez. Comercialmente deploraríamos su cese por defunción, ya que Melba Cortez, fuera del escenario, es novia a la fuerza de Rolf Larson. Encienda, queme y pisotee las cenizas».

Britt Milton encendió la cartulina, removió las cenizas, y aquella

misma noche a las dos en punto, se dirigió al umbrío aparcamiento de coches, donde resaltaba el guinda del «Buick», y el oro de la cabellera de Melba Cortez.

Ella abrió la portezuela, y Britt Milton volvió a cerrarla.

—Se acabó, Melba. Me gustas horrores, pero mi tutor me ha prohibido que alterne con dinamita envuelta en piel de albaricoque.

Hubo desprecio en la burlona sonrisa de Melba Cortez.

—Me defraudas, Britt. No creí que pudiera asustarte un hombre al que no quiero.

—Pero él te quiere y no tengo vocación de palomo.

Temblaron levemente los labios femeninos, diciendo:

—Admites que eres un cobarde.

—O quizá que no te quiera lo suficiente para tirar al blanco contra los pistoleros de Rolf Larson. Adiós, nena.

Por unos instantes, pareció que ella iba a escupir. Por fin, dominándose dijo:

—Tal vez le pida a Rolf como regalo de boda, que te maten lentamente, Britt Milton.

El «Buick» partió en embalada de bólido.

Y Britt Milton se disponía a volver a su cabina, cuando un siseo reclamó su atención.

Un coche hasta entonces con sus luces apagadas, encendió la interior. Distaba cinco metros del lugar donde había aparcado el «Buick».

Britt Milton se aproximó a la abierta ventanilla con el convencimiento de que el traje oscuro del único ocupante, vestía a un miembro de la sociedad cuyo jefe era Rolf Larson.

Pero el traje sastre no lograba masculinizar a la mujer que dijo suavemente:

—He sido indiscreta sin proponérmelo, Milton.

Lo que parecía un fieltro de ala delantera baja, era un sombrero con vello tupido. No permitía detallar los rasgos, pero sí dejaba entrever delicadas facciones. Mejillas sonrosadas, breve naricita respingona, boquita carnosa y pupilas verdes...

—Prefiero conservar mi incógnita, por motivos muy ajenos a mi femenina intención, Milton. ¿Le permite su inexistente tutor, sentarse junto al volante, y perder unos minutos escuchándome?

La que prefería conservar su incógnito, se sentaba en el asiento

posterior de la limousine «Bentley».

Britt Milton subió, y al instalarse de perfil, cabalgando el sobaco derecho sobre el respaldo, contempló las piernas enfundadas en gasa humo, y los zapatos breves, de negra dónbola.

Una mujer distinguida, envuelta en sutil aroma exquisito.

—Nada le sorprende, ¿verdad, Milton? Ni le ofende que una mujer, le llame cobarde, porque le consta que no lo es.

—¿A quién?

—A Melba, a usted y a mí. No espiaba a Melba, pero anoche esperándole yo, le vi entrar en el «Buick». Esta noche, no me vio Melba, y si usted se hubiese ido con ella, le hubiese yo esperado cerca de su alojamiento. Porque usted es el hombre que yo necesito. Y casi será agradable que una mujer no le diga que posee usted un inmenso don de fascinación.

—Más que agradable, me resulta confortador que no me considere un imbécil engreído. Sepa que Melba y sus semejantes, se aburren de ser tan halagadas por la mayoría de los que pierden su tiempo y dinero por los garitos de Broadway. No es que las fascine. Es que soy distinto a los que suelen frecuentar.

—Rolf Larson es distinto también.

—Pero quiere imponerse por la fuerza... En fin, no supongo que me esperaba usted para conferenciar sobre la variedad de la fauna masculina y femenina. ¿Por qué afirma tan ingenuamente que yo soy el hombre que usted necesita?

Bajo las mallas del velo, los carnosos labios se fruncieron en mohín encantador.

Sólo los labios. Un detalle que recordaría después Britt Millón.

—Le he visto disparar anoche. Y de nuevo, hace poco. Mi chófer y secretario hizo indagaciones. Usted es un excombatiente, que al regreso del Vietnam parece tardar en readaptarse. Ha sido sucesivamente escolta de Banco, detective privado, y por fin, ante el exceso de competencia en esta profesión, y debido a no aceptar trabajos mezquinos, la abandonó. Cena, duerme y desayuna, gracias a su habilidad en el tiro al pichón. Las otras dos comidas y el dinero de bolsillo, lo obtiene de maneras diversas, principalmente apostando en las casetas de tiro de Long Beach y los Hamptons. Por las tardes.

Tomó aliento ella, y sus enguantadas manos abrieron el bolso

que recogió del asiento. Mostró un abanico de billetes de cincuenta dólares.

—Exactamente veinte, sumando mil dólares. No están marcados no son de serie correlativa. Un anticipo por un solo disparo, Britt Milton.

—Es mucho o es poco, muy señora mía.

—Mañana, o mejor dicho hoy mismo, entre siete y ocho de la mañana, encontraría usted otros mil dólares, junto a una escopeta de caza, provista de silenciador.

Britt Milton, se pasó innecesariamente los flacos dedos por el rizado cabello negro, y sus claros ojos tuvieron amarillentos reflejos al comentar:

—Nada se pierde con oír dónde está la partida de caza, y cuál es la pieza. Le doy mi palabra de que nunca he pegado a una mujer, ni pienso hacerlo. Tengo tan sólo curiosidad por saber qué demonios le hace pensar que por dos mil dólares me agarraré afanosamente a una escopeta de caza provista de taparruidos.

El delicado rostro tras el velo, permanecía inmutable, estático, como el de una muñeca de preciosa porcelana. Sólo los labios se movían.

—Usted fracasó como detective porque es honrado, y no se aviene a mezquindades. Y estoy convencida que contestó groseramente a Melba Cortez por una íntima razón que ella no supo adivinar. No es usted hombre que acepte prolongar un flirteo con una mujer sobrada de dinero. Estas raras condiciones, y su calidad de tirador infalible, me han hecho elegirle como el hombre ideal para mi propósito. Como puede apreciar, tengo plena confianza en usted.

—Hablabamos de una partida de caza, entre siete y ocho de la mañana.

—Primero he de ponerle en antecedentes sobre la persona que usted llama pieza. Es un hombre que se dispone a embarcar hacia Europa. Y yo no puedo ir a Europa. Sé que si permanece aquí aunque sólo sea una semana más, obtendré lo que deseo. Conseguiré que se case conmigo.

Britt Milton rió desconcertado:

—Me ha pillado de sorpresa, hermana. O quizá esté yo nebuloso. Corríjame si he oído mal. Usted quiere evitar que un fulano tome el

barco para Europa, porque anhela ser su esposa. Y me propone pegarle un tiro. ¿Qué clase de jeroglífico es éste, señora mía?

Rieron los labios femeninos.

—Un palomo es una mancha diminuta revoloteando inquieta, y usted los tumba con un plomito en la cabeza. Un excombatiente puede garantizarme qué clase de herida puede inmovilizar a un hombre, sin peligro alguno para su vida.

—El plomo ideal con el que suspiramos muchos en el Vietnam, era el que atraviesa el grueso del muslo, sin tocar hueso. Mil excusas, señorita

Zsa-Zsa.

Perdón por ser tan cerrado de entendederas. Ya he asimilado la orden. Usted desea llevarle bombones, flores y mimos a su futuro marido, sin tener que perseguirle a bordo, ni ir a Europa.

—Exacto. ¿Por qué me llama

Zsa-Zsa?

—Por la Gabor. Si usted no es ella, se le parece como una hermanita gemela. Acepto la ganga —y tendió Milton la diestra hacia los billetes que ella seguía mostrando entre sus enguantadas manos—. Siga dándome instrucciones.

—Puede que el hombre que llamaré Reginald llegue, a la terminal de Canarsie, en el tren de las siete, o en el de las siete y media, porque el *Conte Rex* no zarpa hasta las ocho en punto, del muelle K, en Jamroca Bay. No puede usted cometer ninguna equivocación, porque Reginald es inconfundible. Tiene el lado izquierdo de la cara, granulado de gris y negro. Quemaduras: Además, a las siete menos cinco, por teléfono, usted me oirá en la cantina de Canarsie Terminal, la descripción del traje que vestirá Reginald. Un *roadster* «Auburn», estará aparcado ante la cantina de Canarsie Terminal, a dónde ha de llegar usted exactamente a las siete menos diez. ¿Quiere poner en hora, con el mío, su reloj?

—A la orden, capitana —y Milton añadió, imitando el tono de los locutores del servicio horario:

—Las dos... veintiséis minutos... ¡cuarenta segundos!

Rodó ella la manecilla del relojito que llevaba colgando en dije de un brazalete cuyos eslabones de oro, tenían por engarce pequeñas esmeraldas.

—En el *roadster* que haré alquilar con nombre supuesto,

encontrará usted bajo la alfombrilla delantera una «Remington», calibre menor, y veinte billetes de cincuenta. A las siete menos diez, entre en la cantina. A las siete menos cinco, cuando suene el teléfono público, acuda, diciendo que esperaba la llamada. Le describiré el traje que lleva Reginald. Es posible que tome un taxi, aunque es más seguro que no llevando equipaje, recorra a pie la distancia hasta el muelle K. ¿Conoce la Canarsie Avenue?

—Sí. Desciende rectamente desde la terminal hasta los muelles de pasajeros de Jamaica Bay. Suele haber tránsito...

—Puede permanecer en el *roadster* aparcando al principio de la avenida, lejos de las ventanas y visibilidad de la cantina. Tan pronto hiera a Reginald, abandone el *roadster*. Y naturalmente, no acuda a socorrer a Reginald. Ya habrá quién se ocupe de esto. Celebro haberle conocido, y tengo la completa certeza de que no volveremos a vernos, porque usted cumplirá, y no tratará de volverme a ver.

Tocándose el bolsillo en que guardaba los veinte billetes, sonrió Milton:

—Tengo ya los fondos para montar mi negocio a medias con un amigo. Y es secreto de Estado Mayor entre usted y yo, Zsa-Zsa.

Buenas noches. Y beso su mano.

Juntó ella las manos enguantadas, entrelazándolas.

—Más que nunca buen pulso y pupila, Milton.

—No puede fallarme un muslo de Reginald, ya que vio cómo atinaba a los sesitos de pichón.

Abandonando el asiento, dejó Milton abierta la portezuela.

Y ondeando la diestra, dijo por despedida:

—Que sea feliz en su matrimonio.

—Sobre todo, no falle, porque si fuese grave la herida...

Cerró Milton el párpado izquierdo, adelantó el índice derecho, en alto el pulgar, y concretó:

—No hay venas en la cara externa del muslo a media altura. Sólo venillas y carne. Adiós.

Britt Milton caminó en línea recta, haciendo ostensible su sincera decisión de no espiar, ni volver a ver más a la generosa donante.

Ni siquiera sabía la matrícula del «Bentley».

Poniendo el despertador en hora, silbó feliz. Tenía ya dos mil

dólares para antes de las ocho del día.

Y podría con Kent Farrar, compañero de guerra en el Vietnam, adquirir una de las lanchas con licencia para transporte de turistas en verano, y mercancía en invierno, entre los Rivers del Hudson.

Se durmió con beatífica sonrisa, evocando los cálculos de Kent Farrar.

«Pillar dos mil quinientos, Britt. La licencia para la lancha, vale quinientos, y contar con un amigo en los muelles. Lo tengo. Con sólo un invierno, ganaríamos para otra lancha. Seríamos nuestros únicos dueños, y no tendrías que matar pobres bichos que no te han hecho nada, ni yo soportar los encargos de Georgia, que me paga diez cada vez que cobra doscientos. Yo expongo el físico, y ella se queda fumando y comiendo bombones tras su despachito».

A las seis y cuarto el despertador campanilleó. A las siete menos diez en punto, Milton saltaba del autobús ante la estación terminal del *ferry* que nacía en Jersey City.

En el aparcamiento, ante la cantina de carreteras, había dos camiones, una furgoneta, un turismo «Chevrolet» y un dos plazas «Auburn».

Britt Milton entró en la cantina, pidió café, y sentándose junto al teléfono miró su reloj. Faltando los cinco minutos para las siete, sonó el primer timbrazo.

—Espero llamada —dijo Milton al camarero.

El auricular le retransmitió la voz femenina, pausada, neta:

—Sombrero gris, traje tabaco, zapatos negros, corbata a cuadros blancos y grises, camisa blanca. Y recuerde, la mancha del rostro, en mejilla y pómulos izquierdos. Llegue en el tren de las siete. Adiós.

Colgó Milton, y echando una moneda, abandonó la cantina. Al coger el volante del «Auburn», pensó que prefería no tener que esperar media hora más.

Puso el contacto, y condujo hacia la plazoleta en que se cruzaban la transversal y la avenida descendente, aparcando a la sombra de los tilos que circundaban la estatua de uno de los presidentes de los Estados Unidos.

Alzó la alfombrilla, recogiendo el estuche. Montando cañón y culata comprobó que la recámara estaba vacía. La única bala de calibre menor estaba adherida a la cinta que ataba veinte billetes de cincuenta, con una tirilla de esparadrapo.

Enroscar el apaga llamas y silenciador, insertar la bala, y calcular la mejor trayectoria y la más estratégica retirada, le ocuparon los minutos que precedieron el primer toque de las siete.

Las dos escaleras comunicando estación y avenida, las tenía a la vista. Obreros portuarios, empleados y algún viajero con bagajes de mano empezaron a descender.

Al pisar la acera distaban treinta pasos de la plazoleta y del «Auburn».

Y Britt Milton, manteniendo entre las piernas la «Remington» de caza menor, vio a Reginald.

Un hombre que debía poseer cualidades secretas, porque físicamente resultaba incomprensible que suscitara tanta pasión en una mujer bonita y refinada.

Aparte la mancha del rostro, Reginald era un hombrecillo maduro, de sienes cenizas, mirada huidiza y pasitos cortos. El traje le venía algo estrecho, y daba la impresión de que la luz del día le proporcionaba un constante pestañeo lacrimoso.

Pensó Milton que había millonarios cuyos banqueros eran los únicos en saber que lo eran. Y apretó el gatillo.

Reginald saltó como una liebre asustada, llevándose las dos manos al muslo derecho.

Britt Milton desmontó las dos piezas, las colocó en el estuche, y dejándolo en la caja de herramientas, estiro la alfombrilla.

Al bajar del «Auburn», vio el grupo en torno al que yacía en el suelo.

Y aceleró el paso hacia Jamaica Bay, apenas oyó una sirena. Volviendo la cabeza, pensó que aquella ambulancia se merecía, un premio por su oportunidad, porque el pobrecillo Reginald no era de carnes como para aguantar mucha pérdida de sangre.

Desanduvo lo caminado, no viendo ya el «Auburn» aparcado. El tráfico seguía su rutina, así como la de los transeúntes. En la cantina, marcaba el reloj las siete veinticinco cuando entró, pidiendo otro café.

El camarero parecía muy satisfecho de poder contar novedades a los dos taxistas que acababan de entrar.

—Hubo teatro, a las siete y un minuto, muchachos. Un tipo al que le soltaron un balazo. No se sabe quién ni de dónde le dispararon, pero llevaba un balazo en la pierna. Nada grave, dijo

uno de los camilleros. Pero lo anestesió, mientras el otro, lo trasladaba a la camilla interior. Llegaron casi apenas caía el tipo.

Un taxista siguió masticando su emparedado, mientras el otro decía:

—Un tipo precavido tu herido. Se traía la ambulancia consigo.

—Los de la ambulancia venían de otro servicio, hombre. Estaban de paso como quien dice... ¿Café, señor?

No era el camarero del turno anterior, y Britt Milton, tomando su segundo café, le oyó decir:

—Jackie se iba a su casa, cuando pasó el teatro. Y llegó el primero junto al tipo, pero se esfumó, porque luego vienen con preguntas. Dice que el tipo se puso histérico, clamando que si le raptaban, que si era lo que se temía, y el enfermero, al taponarle la boca con el algodón de éter, dijo que era el *shock* nervioso. Gracias, señor.

En la calle, esperando el autocar, Britt Milton empezó a pensar que tal vez

Zsa-Zsa

no era como decía Kent Farrar, trigo limpio.

Pero había prometido guardar el secreto, y tenía a gala cumplir siempre lo que prometía.

Además, un hombre herido, dice tonterías. Lo sabía sobradamente por práctica visual, en la candente jungla que el Vietnam había sido, antes de ser un infierno de confucionismo.

Una experiencia en la que sólo había ganado el título de tirador excepcional, y un amigo como Kent Farrar, al que era difícil encontrar despierto antes del mediodía.

Britt Milton recorrió en lancha todos los Rivers del Hudson, haciendo tiempo para darle la gran alegría a Kent Farrar.

CAPÍTULO II

Kent Parrar refunfuñó, pero el teléfono era más terco. Alargó la mano, y bostezando colocó el auricular entre su oído y la almohada.

—... Vete despabilando la corta dosis de materia gris que te imaginas tener, muchacho. Son las diez y ocho minutos. Si a las once en punto no estás sentado y oyéndome, otro se llevará el gran premio.

Kent Parrar apretó la ebonita como si estrangulara un cuello femenino. Pero Georgia Baxter tenía una garganta rolliza e infatigable.

—... ¿Me oyes, Nappy?

Mugió Farrar, y al decrecer su imitación de un buey amansado, el auricular gangueó:

—... Así me gusta, cordero. Vuela a mi regazo.

Bajo la ducha, Kent Farrar frotaba vigorosamente su musculosa anatomía de pelirrojo combativo, que había probado suerte en el *ring*, en el Vietnam y ante Georgia Baxter.

No era fea ni vieja, la maternal jefa de la agencia Coronel Baxter, sita en la planta baja de la casa número 640, en Prospect Avenue. Una casa y una agencia heredadas del honradísimo coronel honorario.

Casi era excusable que teniendo que bregar con toda clase de clientes y detectives privados, Georgia Baxter adoptase tono y expresiones, también heredadas del rudo coronel.

Físicamente, era alta, bien constituida, y llevaba su cabellera, color miel, recogida. Vestía casi siempre trajes de corte masculino.

A veces, Kent Farrar imaginaba a la propietaria de la agencia, con el cabello suelto y en vestido de noche.

Pero bastaba que entrase en el despacho, para que inmediatamente, la hija del coronel Baxter, le inspirase toda clase de pasiones menos la sensual.

Siempre la rutina. Él se sentaba, en silencio. Ella encendía un cigarrillo, fijaba sus ojos azules en Farrar, y fruncía los carnosos labios en mueca displicente.

—¿Estás en condiciones de oír sin contestar groseramente, Nappy?

Otra de sus bromas. El diminutivo de Napoleón, desde que un día fatal Kent Farrar citó la estrategia, la planificación y la iniciativa de la ciencia bélica aplicada a la investigación.

Después de la pregunta, Georgia Baxter señalaba con el cigarrillo un fichero rotativo sobre la mesa.

—Tengo un centenar de excombatientes como tú, y si te elijo es porque en mi escuadrón de ciegos, el tuerto eres tú. Todos ellos, se creen detectives, y si no les llamase de vez en cuando, llevada de mi alma filantrópica, se tendrían que comer los muebles, suponiendo que...

—Cambia el disco, Porcia... No me mires así...

Porcia era la matrona...

Georgia Baxter sacudió la ceniza, que era su equivalencia a atajar.

—Veinte por día y un extra. Porque necesito un chaval bien parecido, que sepa vestir bien, y que sepa devolver los golpes. Además que tenga labia con las mujeres, y si se tercia, sepa ponerse sentimental y patético.

—Sí, vamos... un Cassius Clay blanqueado, con gotas de Paul Newman, ropa de Robert Wagner, y palique de Cicerón. Todo por veinte tristes dólares.

—Y un extra, hijito. Aunque lo saque de mis ahorros, pero por el honor del nombre... quiero quedar bien con mi cliente.

—Cuéntame el arranque.

Cerró ella los párpados, y Kent Farrar fingió morder el aire. Ya estaba aquella avara lustrosa, tratando de exponer las cosas como si fueran sencillas.

—Es sencillísimo. Tienes que apartar a una buscadora de oro. Por cierto, de rojo cabello como tú. Está solicitada por un tahúr, pero ella ha hincado la zarpa de sus languideces en el bebé de un millonario.

—Bien, ¿y qué tengo que hacer con la sirena?

Suspiró ella:

—Comprendo que el trabajo es un poco mezquino. Si la sirena tiene antecedentes feos, trata de exhibírselos. Si no los tiene, cosa probable porque procede de buena familia, arréglatelas. Tienes algo bajo la cabellera, ¿no? Te pago veinte dólares para que pienses. Y a veces tienes alguna idea potable.

—Y a veces tengo que recordar que es usted una señora. Me tiene frito su estilo, maldita sea mi estampa y la de usted.

—Sh, sh, sh —sopló Georgia Baxter, risueña—, y agregó tajante: —Me veo obligada a ser enérgica, ¿no? Son varios los de tu condición, que pretendieron sentirse galantes. Prefiero cortar por lo sano.

—Cortemos. ¿Quién es el fullero que solicita el amor de la pelirroja?

—Rolf Larson.

Kent Farrar se levantó de la silla, y al llegar cerca de la puerta, recordó que los ingresos eran flojos desde hacía un mes, y que necesitaba dinero.

Volvió a sentarse.

—No te discuto la posibilidad de que haya jaleo. Kent. No he oído nunca comentar que Larson acribillara a nadie en plena calle, pero no es el tipo de hombre pacífico que se tome las cosas con resignación.

—Treinta por día, y un extra de doscientos. Cien anticipados para gastos de entierro, y socorro a mi viuda. Lo tomas o me echas.

Georgia Baxter suspiró melodramáticamente. Su blanca camisa de cuello cerrado, se abombó. Pero Farrar no se emocionó en ningún sentido.

—Supongo que me permitirás ganar algo, ¿no? Mi cliente sólo paga una miseria. Y yo soy la que consigue los clientes, Nappy.

—Me voy al puerto a descargar. Celebro que sigas bien de salud. Se levantó Farrar de nuevo, añadiendo:

—Mi piel es barata, pero no tanto. Rolf Larson tiene sesos, mala sangre y sobornados en los sitios adecuados.

—Siéntate, que esto no es un chalaneo. Acepto darte treinta por día, y cincuenta de anticipo, sobre los doscientos. Soy una pobre huérfana, y tú un soltero. Yo ahorro centavo sobre centavo, y tú derrochas el dinero de mi agencia.

—¿Quién es la sirena?

—Se llama Melba Cortez. Vive en Jamaica Line, 3118. Su padre se arruinó hace unos cuatro años, y escogió el salto por la ventana de un noveno piso. Ella que tomaba parte en funciones de aficionados, se pasó al Broadway, apenas murió la madre del disgusto.

—¿De qué disgusto?

—Por el salto que la convirtió en viuda.

—Ya. ¿Y qué pretende tu cliente?

—Apartar a Melba de su tierno retoño. Como sea. Cualquier medio es lícito. Afirma que ella no quiere a su hijito, sino que lo atrae a los garitos para que deje el dinero en las mesas bajo control de Rolf Larson y su pandilla.

—¿Podría hablar antes con el papá de la criatura?

Georgia Baxter pulsó en el dictáfono. Y dijo:

—Que pase el señor Talbot, Glenda.

—Oye, tu nueva secretaria está magnífica. La vi de refilón, pero está fantástica.

—¡Olvídala! —chilló Georgia—. Me vale un dineral, en asuntos de divorcio. Cualquiera de mis detectives que intente castigarla, Kent Parrar, lo aniquilo...

La puerta abriéndose, atajó la incipiente discusión. El cliente era un rubio platino, teñido, algo calvo. Vestía de gris, y llevaba un bastón de puño de plata.

Rastro anguloso, frígido, con bolsas bajo los ojos grises.

—Veintiséis minutos, señorita Baxter —anunció con tono cortante—. Es el tiempo que llevo esperando, y mi tiempo es valioso.

—Puede ser más valioso evitar que su hijo se case con la corista en cuestión. Siento haberle hecho esperar, señor Talbot, pero usted quiso ver personalmente a mi detective Kent Parrar.

Clive Talbot arqueó las cejas, y su corva nariz tuvo un aleteo vibrátil como si oliera algo fétido, mientras detallaba a Farrar.

—No me parece el hombre a propósito, señorita Baxter. Indiqué que era preciso un detective con aspecto de caballero.

—¿Es usted por casualidad el Talbot de los Talbotin de la Tabla de Judea al trescientos por cinco? —indagó, amablemente, Farrar.

Clive Talbot avanzó un paso, alzando su bastón. Georgia Baxter suspiró. Kent Farrar siguió sonriendo.

Incisivo, protestó Talbot, retrocediendo y ocupando un sillón:

—Este individuo me ha insultado. A mí, a un hombre de mi posición.

—Un minuto, un minuto —rogó ella, en tono apaciguador.

—Sobran minutos, Georgia. La parte contratante me es rotundamente antipática, y si consiento en trabajar es por ti. Porque el asunto es sucio, duque de Talbot, sea cual sea su posición, que por ahora y para mí es la de un padre que teme por su dinero, y no le importa que a Melba Cortez la hunda yo, con tal de que Talbot hijo no vuelva a rondarla. ¿Cuánto le ofrezco a Melba?

—¡Ni un centavo, joven! —atajó, indignado, Clive Talbot.

—Suponga que ella se case con su hijo. Le costará más caro.

—Mi hijo tiene dinero propio. Una renta de mil al mes, de un fondo en capital que le legó su madre. Capital que percibirá al cumplir los veintiocho.

—¿Cuántos años tiene y cuánto capital?

—Le faltan dos meses para cumplir los veintiocho y entrar en posesión de un cuarto de millón, neto.

Silbó Farrar, y Georgia intervino:

—Podemos ofrecerle algo a Melba, señor Talbot. Piense que con ello salva la vida de su hijo, ya que Rolf Larson...

—Rolf Larson es un gángster que en combinación con la mujerzuela, trata de acumular pagarés de Arthur. ¿Insinúan que existe el peligro de alguna violencia por parte de Larson? En fin, he perdido demasiados minutos, señorita Baxter. Le entregaré el cheque por cinco mil, apenas Arthur se aparte de esa mujerzuela, totalmente convencido de que ella es una mujerzuela. Buenos días, señorita Baxter.

Miró a Farrar y dijo:

—Quiero eficiencia, joven. Y en esta ocasión, le pagaré quinientos de mi bolsillo particular, si consigue lo que deseo. ¿Entendido?

—Y deleitado por los quinientos, príncipe. No por conocerle.

Acentuó Talbot su arqueado de cejas, y el puño de su bastón pareció el puntero de un maestro:

—Ya que no de su educación, espero poder convencerme de su eficiencia.

Clive Talbot abrió la puerta, para cerrarla desde fuera, con cierta

violencia.

Georgia Baxter suspiró, antes de decir:

—Como los extras son a medias, Kent, vas a ganarte doscientos cincuenta.

Agitó Farrar la diestra como si barrera hacia sí:

—Quinientos netísimos, ya lo oíste, Shylock. Y trae cien para los gastos primeros. Ni un níquel menos... Sh, sh, sh. Te consta que soy genial, cuando me lo propongo. Vengan esos cien. En un solo billete, o agotarás el *stock* de suspiros.

Georgia Baxter suspiró dos veces. Una por cada billete. Y estaba Kent Farrar cerca de la puerta, cuando indicó ella:

—De todos modos, procura vigilar las esquinas, sombras y coches. Rolf Larson se enojará cuando Melba le dé cuenta de tu visita.

Rió Farrar bajándose el ala delantera del tirolés, y hundiendo la diestra en el bolsillo de la americana. Después, puso mueca torva, y ganguéó:

—Soy una fiera corrupta cuando me enojo, y necesito varios Larson para asustarme, Lorelei. La sirena del Rhin, que tú podrías ser si vistieras y hablaras como una mujer. Inténtalo alguna vez. Palabra que estarías suculentísima, patrona. Abur.

Georgia Baxter, a solas, volvió a suspirar. Esta vez no pensaba en dólares sino en Kent Farrar. Un hombre jovialmente temerario, simpático y guapo. Peligroso en todos los conceptos.

Kent Farrar saltó del taxi ante el enorme bloque numerado 3118, en la elegante avenida de Jamaica, al nordeste de Brooklyn. Un barrio distinguido, limítrofe con el distrito de Queens.

El vestíbulo de recepción del 3118, poseía una alfombra tan esponjosa que inspiraba deseos de revolcarse en ella, pensó Farrar, al acodarse en el largo mostrador.

Dando la espalda a una serie de casillas, centralilla telefónica y tarjeteros metálicos, indicando si estaban o no los inquilinos, un conserje de rutilante uniforme verde, examinó altivamente a Farrar.

—La señorita Cortez me espera.

El conserje miró por encima del hombro el tarjetero completamente descubierto. Preguntó:

—¿A quién debo anunciar?

—Rolf Larson.

El conserje permaneció inmutable. Pero su pie izquierdo se adelantó pisando una seta que sobresalía en el suelo, bajo el mostrador.

Una puerta se abrió a la izquierda, y un individuo ancho, de rostro chato, cuya amplia corbata ostentaba manchas de ceniza, se aproximó masticando un cigarro y hundidas las manos en los bolsillos del pantalón con rodilleras.

En conserje inquirió:

—¿Es usted el señor Larson?

—De parte de Larson —sonrió Farrar.

—Hay una leve diferencia, ¿no, Boyd?

El interpelado asintió gravemente, y el conserje amplió:

—Este caballero pregunta por la señorita Cortez.

—Eso es, pero no he preguntado por este otro caballero —dijo Farrar apuntando con el pulgar a Boyd.

—El señor Boyd es el detective de la casa —aclaró el conserje.

Boyd señaló con su cigarro hacia la puerta por la que acababa de salir.

—Yo avisaré a, la señorita Cortez. ¿Quiere pasar usted?

—¿Es que hoy tiene recepción de embajadores? —indagó Farrar, entrando en el pequeño despacho. Olía a *whisky*, tabaco rancio y humedad. Boyd cerró la puerta.

—¿Conque de parte de Rolf Larson, eh?

Mostró Farrar su carnet de investigador de la Agencia Baxter cambió su cigarro de lado y comentó:

—Me lo imaginaba. ¿Por qué inventó que venía de parte de Larson?

—Para ver sin obstáculos a mi futura cliente, pero ya van dos barreras. ¿Tiene cambio de cincuenta?

Boyd arrugó el entrecejo, y sacó del bolsillo un delgado rollito.

Kent Farrar tendió el de cincuenta, y recogió los cuatro de diez del rollito. Boyd sonrió recogiendo el de cincuenta y dijo:

—Es difícil ver a Melba Cortez, pero hay solidaridad entre colegas, y vamos a conseguirlo.

Cogió el teléfono, y pulsó el botón número 18.

Su voz de áspera y gruñona, se convirtió en melosa:

—... Perdone, señorita Cortez. Un caballero desea verla para algo importante. ¿Cómo...? No, no le conozco, pero estimo que

puede recibirlo. Ya sabe que yo respondo de...

Se oyó el clic en el auricular y colgando indicó Boyd:

—Puede subir, Farrar. Pero si baja con los pies tiesos, no me venga con reclamaciones.

—¿Hay custodia? —susurró Farrar acompañando a Boyd, hacia los cuatro ascensores.

Boyd abrió la puerta del segundo ascensor, y dijo:

—A mí que me registren, compañero. Yo sólo respondo de...

Cerró Farrar la puerta, y apretó el botón tercero, junto al que una etiqueta llevaba con otros números el 18.

También era mullidísima la alfombra del pasillo, y las luces indirectas daban tonalidades coralíferas a paredes y puertas.

Oprimiendo el pulsador en la puerta marcada 18, pensó Farrar que aborrecía aquella clase de trabajo.

Abrió la puerta una pelirroja. Recogidos sus cabellos de llama en una redecilla, intensamente azules los ojos. En la blanca tez sin maquillar, los labios tenían un agradable color rosa.

Calzaba sandalias bajas, y el pantalón de pijama, armonizaba con la blusa camisera.

Había algo raro en la mirada de los ojos azules. Como si no se hubiera disipado el sueño...

—¿Quién es usted, ojos pardos? ¿Y qué quiere?

Hasta la voz daba la impresión de que estaba soñolienta la pelirroja.

Se tocó Farrar el cabello:

—Dicen que los pelirrojos tenemos muchas afinidades, Melba. Si me deja entrar, trataremos de demostrarlo.

Se apartó ella, y cerró Farrar la puerta.

El recibidor era también *living*, con chimenea, bar y televisión.

Melba Cortez casi se tendió en un diván, y señaló una mesita sobre la que había una cubeta con hielo, y una licorera con media docena de vasos.

Un vaso llevaba carmín en su borde, y estaba medio lleno.

—Creo que no le vendrá mal un tónico, ojos pardos. El conserje me telefoneó antes que lo hiciera Boyd. O sea, que usted viene de parte de Rolf Larson.

—Ni siquiera lo conozco —afirmó Farrar, mirando al trasluz el *whisky* antes de paladearlo.

—Rolf brincará de contento al saber que anda un sabueso usando su nombre.

—Nada de sabueso, señorita Cortez. Sólo un misen chacal que desea ganarse el sustento.

—¿Chacal?

—Un licor de primera —aseguró Farrar, chasqueando la lengua—. Mi patrona llama chacales a los que rondan en torno a un mismo manantial, pero por distinta causa.

—¿Yo soy el manantial?

Melba Cortez hablaba lentamente, pero como si tuviera dificultad en mantenerse despierta. Y Kent Farrar miró de pronto el vaso con carmín en su borde.

—Oiga, así entre nosotros, ¿me echará si le digo que me parece que estaría usted mejor con hielo en la cabeza y acostada?

Parpadeó sonriente Melba Cortez. Imitando el tono de los charlatanes de feria, dijo:

—Un puro y la petaca para el señor. Acertó en plena diana, ojos pardos. Empecé a beber sólita antes de acostarme. No podía dormir, y volví a beber. Pero no consigo perder el control. Me son simpáticos tus ojos. Parecen avellanas con manchitas de sol. No son grises, helados, leopardinos... Eres simpático, ojos pardos, y te habrán dicho ya que soy una mujer fatal. ¿A que sí?

Kent Farrar decretó mentalmente que aborrecía más que nunca su trabajo. Pero necesitaba los quinientos dólares de prima.

—Pongámonos de acuerdo, ojos de cielo. Yo me gano quinientos, si aceptas ganarte cinco mil.

—Dinero, dinero, siempre dinero —bostezó ella—. Adelante, chacal.

—Se trata del joven Talbot. Un tierno infante, preso en las redes de tu infinita seducción. Un tierno mozo al que Rolf Larson puede convertir en papilla, si se amosca. A menos que Rolf esté interesado en que el joven Talbot vaya dejando pagarés en sus mesas de juego. ¿Es ésta la combinación, mujer fatal?

Melba Cortez rió suavemente, y abrazándose las rodillas, manifestó:

—Desde esta noche, todo me da igual, y os tengo inquina a todos vosotros. A todos los hombres en general, y a uno en particular.

—De acuerdo, de acuerdo. Por lo tanto, no te será difícil interpretar el papel de Margarita, la de La dama de las camelias. Hazlo por mí.

—¿Por ti, ojos pardos? ¿Por qué?

—Para que pueda alimentarme durante un mes con los quinientos que me ofrece el padre de Armando, o sea el viejo Talbot, un vejestorio presumido que se tiñe los cabellos, pero que anhela librar a su hijito de tus redes. No me digas que adoras al joven Talbot. No le conozco, pero los jóvenes millonarios suelen ser pelmas.

Rió ella infinitamente divertida, y dando una repentina palmada, dijo:

—Ya lo has oído de nuevo, Arthur. Eres un pelmazo.

Kent Farrar miró al que, apartando una cortina, avanzaba con paso decidido.

Rubio, de rostro brutal, espaldas de catcher y manos de leñador, aunque estuvieran manicuradas. Vestía un cruzado blanco, cremoso.

—Fuera, hiena —silabeó desdeñoso.

Kent Farrar agitó el índice:

—Sólo chacal, joven. Tenga en cuenta que soy el representante de un padre mimoso.

—Fuera, antes que te tragues los dientes —avisó el rubio coloso.

Melba Cortez aplaudió sólo con las yemas, diciendo:

—Me encanta ver a los hombres duros, arrodillados a mis plantas. Aunque ninguno de vosotros tenéis los ojos grises, helados...

Kent Farrar cometió un leve error. Mirar la cortina que se movía, y antes de darse cuenta que era sólo el aire de una ventana abierta lo que la impulsaba, recibió una desagradable impresión.

El rubio desplazó sus kilos con una inesperada distensión y moviendo los brazos en émbolo, asestó dos rápidos ganchos, que Farrar no vio venir.

El primero bastaba, porque alcanzó exactamente el plexo solar de Kent Farrar; éste comprobó prácticamente que también era mullida y esponjosa la alfombra en la que hundió el rostro, al ser proyectado por el segundo puñetazo en su costado.

No pudo oír lo que decía Melba Cortez.

—¡No le patees, Arthur, o te estampo esta botella en la cabezota!

¡Os odio a todos! Y este chacal me era casi simpático... ¡Fuera, Arthur! Si no te vas inmediatamente, hemos terminado. ¡Fuera, Chacal!

Arthur Talbot titubeó, pero por fin abandonó el departamento. Al abrir la puerta, barbotó:

—Échalo, y dile que no se moleste en ofrecerte miles. Yo me casaré contigo, y nadie podrá impedirlo.

—Sólo yo, querido, sólo yo puedo impedirlo —sonrió ella, empujando la puerta.

En el suelo, Kent Farrar seguía bajo los efectos del K. O., técnico.

CAPÍTULO III

A las doce y media, Britt Milton entró en el despacho de Kent Farrar. Bastaba empujar la puerta de cristal opaco. Un zumbador avisaba hasta que la puerta por sí misma volvía a cerrarse.

A los tres pasos, el estrecho recibidor-antesala, daba acceso a la otra puerta. Milton poseía una llave, porque durante algunas semanas había pagado el alquiler, hasta cerciorarse de que no le gustaba la profesión de detective privado.

Había centenares de excombatientes que decidieron intentar suerte en la carrera de chacal, como decía la patrona de Kent.

Se instaló Milton en el propio sillón de Farrar, tendiendo las piernas sobre la mesa. De vez en cuando palpaba el sobre conteniendo los cuarenta billetes. Sonrió al pensar en la sorpresa de Kent Farrar, cuando abriera el cajón, en que acababa de colocar en abanico los hermosos billetes. La lancha.

Sonó el zumbador y Britt Milton colocó las manos tras su cabeza, silbando con fingida indiferencia.

La puerta del despacho se abrió al empujón, y entraron dos individuos. Uno alto y flaco, con cara todos ángulos y ojos aterciopelados. El otro, pequeño y macizo, con cara mofletuda y ojos saltones.

Ambos se igualaban en esgrimir una automática en la diestra.

El alto y flaco, indolentemente. El mofletudo, con mueca rabiosa de perro fox-terrier.

Britt Milton dejó de silbar, pero siguió con las manos entrelazadas a la nuca. Dijo escuetamente:

—Aquí no se esconde el que buscáis, palabra que no.

El más pequeño avanzó, mientras el otro se sentaba en una silla, indicando:

—Tómelo con calma, ciudadano. Regístrale, Buddy.

Buddy conminó, agresivo:

—En pie, y ojito con los trucos, que me los sé todos. Dando la espalda, pollo.

Britt Milton se puso en pie, codos en alto, abiertas las manos cerca de sus orejas.

Miraba al flaco y anguloso, que parecía aburrirse inmensamente.

Buddy pasaba su abierta zurda por sobacos, costados, bolsillo trasero y los otros bolsillos del traje gris.

—No lleva arma, Johnny. Dale el aviso ya.

Britt Milton recordó sus buenos tiempos de truquista a la fuerza. El llamado Buddy había cometido un grave error, al encañonarle de frente a tres pasos de distancia.

Casi fue un juego infantil.

Saltar, dar un manotazo en la nuca hacia abajo, otro hacia arriba en el antebrazo, y mientras la automática saltaba hacia arriba también, Britt Milton abrazó un instante a Buddy.

Atrayéndolo hacia el pecho, y volviendo a darle un manotazo hacia arriba, pero esta vez en la cara.

Buddy, brazos abiertos, fue a caer sentado unos pasos atrás. Y Britt Milton se abalanzó a recoger la automática.

—Tómelo con calma, ciudadano —advirtió Johnny—. No se trata de hacernos pupa.

Buddy, incorporándose, hizo algo grotesco. Pegar puñetazos rabiosamente al respaldo del sillón para visitas.

Sentado en la esquina de la mesa, manteniendo el cañón de la automática hacia abajo, comentó Milton:

—Hoy me pescáis de buen humor, Buddy, Johnny. Habéis hecho una entrada de miedo, y acabas de hacer el payaso, Buddy. Bala por bala, Johnny. Expulsa en tu palma, y yo también.

Buddy escupió pasándose la mano por los labios. Johnny introdujo en su funda axilar la automática, y manifestó con su tono tranquilo:

—Buddy es un pobre huerfanito, y le dejo que me acompañe en algunas faenas. Pero no está práctico aún. No le hagas caso, Farrar, salvo si pretende pegarte un bocado. Queríamos impresionarte, pero ya me supuse que Buddy haría el payaso. Así va cogiendo práctica. ¿Te enteras, Buddy?

Siguió escupiendo rabiosamente el interpelado, y añadió Johnny:

—Trata de asimilar una idea, Farrar. Esta mañana el viejo Talbot te ha alquilado para apartar a su hijo de una vampiresa. Esta entrada que acabamos de hacer,' ha sido sólo para asustarte.

Sonrió Milton, porque estaba de buen humor. Poseía dos mil dólares.

—Ya lo estáis viendo, camaradas. Me tiemblan los calcetines.

—Toma nota de todos modos, que yo no soy Buddy. Este viaje es de primera alarma. Abandona el asunto del viejo Talbot, si quieres seguir leyendo el cartel de tu puerta, y no verlo desde la parte inferior sobre una caja de pino, almohadillada, contigo dentro. Creo que está claro.

Britt Milton hizo girar la automática en tomo a su índice por el portagatillos. La arrojó al suelo ante los pies de Buddy.

Y Johnny sonrió, exhibiendo unos dientes amarillentos en el anguloso rostro:

—¿Lo ves cómo era solo una visita de amistad, Farrar? No iba yo a consentir que este nervioso pudiera apretar el gatillo, y con las pistolas pasa como con las setas. Para saber si son venenosas, hay que comerlas.

Buddy recogió y guardó la pistola descargada. Britt Milton aventó con las dos manos:

—Ahuecad, Tim y Tom. He visto payasos menos graciosos que vosotros. Le daré el encargo a Farrar.

Buddy estaba ya junto a la puerta. Con una pistola cargada, debía de ser peligroso, por su exceso de nervios y mala intención.

Johnny, poniéndose en pie, comentó casi admirado.

—La mía no está vacía, tú.

Seguía teniendo cara de aburrido. Era mucho más peligroso que Buddy, por mayor práctica, y ausencia de nervios.

Milton giró las piernas sobre la mesa, y se sentó en el sillón sin perder de vista a la pareja.

—Quedamos en que era una visita para dar miedo. Tendréis que repetirla, muchachos, porque Kent Farrar no se ha asustado. Resulta que yo no soy Kent Parrar.

—Abriste con llave —arguyó Johnny, señalando la cerradura.

—Ya le daré el encargo a Kent. Dos payasos han venido para rogarte que no trabajes para el viejo Talbot, Kent. La próxima vez vendrán con las herramientas cargadas, y con más precauciones.

Pero captad la onda, payasos. Yo soy un chico pacífico. En cambio, Kent Farrar se considera siempre en activo, siempre amenazado, y es de los que primero pegan, y luego preguntan qué ha pasado.

—Anda, Buddy. Espérame abajo.

Empujó Johnny con el codo la puerta, empujando a la vez a su cómplice. Y dijo:

—Ya que eres amigo de Farrar, no le engañes. Advértele, que no de un paso en falso. Y lo daría si pretendiera apartar a la vampiresa de Arthur Talbot. Me pagan para disparar cuando no me hacen caso. No soy ningún asesino, como puedes darte cuenta. He venido solo a dejar el aviso.

—¿De parte de quién? —preguntó Milton muy serio, risueños los ojos grises.

El flaco calmoso, se tocó el pecho con el pulgar:

—Mi menda. Si he de volver, me cargaré a tu amigo.

—La vida es cara, ¿eh? Bueno, te evitarás el desengaño, porque Kent Farrar hoy mismo abandonará su cochino oficio. ¿Quién te paga?

Abriendo la puerta, Johnny volvió la cabeza:

—La Sociedad Protectora de Sabuesos Tercos. Adiós.

Britt Milton se dirigió hacia la puerta. Johnny se tocó el nudo de la corbata estampada.

—Cerraré por dentro, para evitar que tu huérfano intente demostrarte que vale, y le dé otro chasco. Escampa, matón.

La sonrisa de Johnny destilaba malignidad, pero se apartó, a tiempo. Y Britt Milton cerró la puerta por dentro. Así podría esperar sin sorpresas la llegada de Kent Farrar.

Kent Farrar, al apartar la boca de la alfombra, miró hacia el diván. Veía un pantalón, pero no era el del pijama femenino.

Se incorporó lentamente. Hacía ya rato que había recuperado el sentido, pero su demora, obedecía a que había oído deslizarse los pasos de tres hombres.

Uno de ellos, era Boyd, el detective de la casa.

Otro estaba en una esquina, mirando con indiferencia hacia la mesita cuyo frasco de *whisky* significaba una gran tentación para Farrar. En el diván, se sentaba un individuo alto, de negro cabello, lustroso, rostro de facciones regulares, grandes ojos negros.

Suave, amable por fuera. Inteligente y sin misericordia si alguien

se interpone en su camino, esto decía de Rolf Larson la opinión pública en Brooklyn.

Rolf Larson tenía las manos sobre la mesita, repiqueteando como un pianista. Miraba a Farrar, como si examinase un objeto raro.

—Un trago me vendría de perlas, señores y caballeros —dijo Farrar.

—Éste es el tipo que quería ver a la señorita Cortez —explicó, obsequioso, Boyd—. Primero le dijo al conserje que venía de parte de usted, señor Larson. Y el conserje le telefoneó a usted, porque yo...

Rolf Larson movió la manga de su chaqueta blanca. Boyd enmudeció.

—Dale uno de diez, Regan.

El que estaba en la esquina chasqueó los dedos como si llamase a un perro. Con la otra mano mostró un billete de diez.

Kent Farrar cogió el frasco de *whisky*, se escanció en un vaso. Iba a llevárselo a los labios, cuando la manga de seda blanca, volvió a moverse.

El vaso saltó a un lado, desparramando su *whisky*.

Amablemente dijo Rolf Larson, volviendo a reclinarsse en el diván:

—Esta marca la traigo yo aquí para mi uso particular. Lárgate, Boyd. Acompáñale, Regan.

El detective de la casa se apresuró a abandonar el *living*. Regan se apoyó en la puerta cerrada.

Kent Farrar, sentándose en el brazo de un sillón, manifestó:

—La Biblia dice que hay que dar bebida al sediento.

—Agua del camino, no licor para un chacal llamado...

—Kent Farrar —dijo, desde la puerta Regan—. Detective Agencia Baxter.

Era él quien se había inclinado, recogiendo con habilidad el carnet y la «Savage» cuyo peso echaba mucho de menos Farrar.

Rolf Larson entornó los párpados.

—Melba sólo pudo decirme que eras un chacal, que venías con cinco mil de parte de un Talbot, y que el otro Talbot te había golpeado sin avisar. ¿No es una pena?

—Según se mire.

Rolf Larson sonrió, Pero Farrar miraba a Regan, que había dado

un paso.

—¿Según se mire quién, Farrar?

—No es pregunta fácil, Larson. Con este valiente escuchándonos, tengo que ser prudente, ¿verdad?

Butch Regan dio otro paso, mascullando:

—Alguien va a morder otra vez la alfombra.

—Oiga, señor Larson, por favor... Dígale a Regan que me impone un pánico atroz con sólo verle, y que no hace falta que yo sude...

—A tu sitio, Regan. Por ahora, sólo hablamos el chacal y yo. Tengo pupila, Farrar. No eres un asqueroso jugador a dos barajas. Te encargó Clive Talbot una misión imbécil, porque ofrecerle cinco mil a Melba, que con una sola palabra puede tener un cuarto de millón, es perder el tiempo. Hablemos de Melba primero. ¿Qué te parece?

—Guapa, fina y no es de nuestra clase. A tu sitio, Regan. ¿No oíste al jefe, caramba? Lo tienes un poco indisciplinado, Rolf.

Rolf Larson sonrió de nuevo. Maquinalmente. Exhibiendo unos dientes blanquísimos. Los ojos nunca sonreían.

—Sois todos iguales en caradura. Tras la cortina, nos oye Melba. Si has estado grosero con ella, creo que Regan está impaciente por vapulearte, Farrar.

La cortina no se movió. La voz femenina especificaba:

—Quiero dormir, Rolf. Id a discutir a otro sitio. Este chacal no estuvo grosero. Quiere ganar los quinientos de Clive Talbot. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —repitió, en pregunta, Rolf Larson.

—¿Qué más puede haber?

—Pregunto yo, Farrar. Mi negocio principal es controlar varias salas de juego, pero a veces ciertos chacales han pretendido sondear, valiéndose de fintas.

—No entiendo de esgrima, Larson. Vine a proponer cinco mil de parte del viejo Talbot, para que Melba diera calabazas indiscutibles al joven Talbot. Eso es todo. ¿Algo más?

Rolf Larson removió la lengua bajo el labio inferior, impulsándola hacia fuera. Entornando el párpado izquierdo, ladeada la cabeza.

Kent Farrar sintió un leve sudor, no debido al verano

exteriormente ardiendo. La sala estaba refrigerada.

Pero Rolf Larson, mirando fijamente en actitud pensativa, dejaba de ser un amable y suave jefe de salas de juego. Tenía menos aspecto de criminal nato, Butch Regan, indiferente, con la diestra entre las solapas, esperando la orden.

Rolf Larson no dio la orden.

Chasqueó la lengua, abrió del todo los párpados, e indicó:

—Devuélvele sus herramientas, Regan. Y acompáñale.

Kent Farrar recogió el carnet y la «Savage». Se sabía vigilado por los negros ojos, cargados de malévolos expresión.

—No vuelvas a darme en qué pensar, Kent Farrar. Cualquier asunto relacionado con Melba y conmigo, debe inspirarte el máximo respeto, una completa abstención y una enorme prudencia. ¿De acuerdo?

—No puedo renunciar así como así a quinientos dólares, Larson. En las agencias echan a los ineptos.

—Más vale que te busques otro trabajo, creo yo, si quieres seguir disfrutando de buena salud.

—No lo entiendo... Dejas que Talbot...

—¡Acompáñalo, Regan!

Pero ya Kent Farrar había abierto la puerta, y alargaba la zancada hacia el ascensor.

En la puerta entreabierta, siguió Butch Regan.

Bajando por el ascensor, meditó Farrar que si el gángster reputado inteligente, ya que no le podían demostrar sus fechorías, y con fama de no tolerar obstáculos en su camino, permitía que Arthur Talbot siguiera asediando a Melba Cortez, debían sumar una crecida cantidad los pagarés que firmaba Arthur Talbot.

Pero ¿por qué se imaginaba Larson que iba él tras otra pista, cuando sólo iba a ganarse los quinientos ofrecidos por Clive Talbot?

Entró en un bar, desde el que se divisaba el aparcamiento de coches del 3118. Vio a Rolf Larson y a Butch Regan subir en un «Packard» ante cuyo volante estaba un individuo de anchas espaldas y pequeña cabeza.

Marcó en el teléfono los números correspondientes a Melba Cortez. Tuvo que aguardar casi un minuto.

Y habló apenas descolgaban:

—... Sin rencor, ojos de cielo. Está bien que odies a los hombres

pegajosos como Arthur y Rolf. Pero a mí, un honrado portador de cinco mil dólares, no me odies. No me gusta Clive Talbot, ni me gusta Arthur ni mucho menos Rolf. ¿De veras no quieres hacerle caso a papá Talbot?

—... Déjale que se muerda las uñas. Algún día te explicaré la razón por la que he convertido a Arthur en mi pekinés suplicante. Olvida este asunto, Farrar. Has hecho bien en telefonarme. No vuelvas por aquí, ni pretendas comunicar conmigo. Ya que no te gusta Rolf Larson, podrías obtener una mayor cantidad, dedicándote a sondear en torno a dos nombres que traen muy preocupado a Rolf. Sé que no debería hacerlo, pero estoy harta de Rolf, de Arthur, y de todos... Posiblemente, Rolf te matará, si te atreves a sondear en torno a dos nombres. Pero si aciertas, no tendrás que volver a sentirte avergonzado de ti mismo. Por eso me fuiste casi agradable, Farrar. Reconocías que era mezquino tu encargo. Como dice Rolf, si deseas disfrutar de buena salud, apártate. Si quieres tal vez encontrar una pista para la fortuna, indaga por los archivos periodísticos de New Jersey, quién era Neil Harian, y quién es Befty Arlen. Tengo sueño, y me voy a dormir del todo. No me des las gracias, Farrar. Acaricio la esperanza de que si Rolf pretende eliminarte, te le anticipes. Ojalá.

Cortaron, y Kent Farrar se mordió un pulgar.

La diaria existencia de un detective privado era agitada y plena de misterios.

¿Quería Melba casarse con el joven Talbot? ¿Deseaba verse libre de la amorosa tutela de Rolf Larson?

Comió en aquel mismo bar, y tomó el tren de la una y treinta hacia New Jersey. Saldría de dudas, consultando archivos en busca de quién podía ser Neil Harian y de quién era Betty Arlen.

CAPÍTULO IV

Britt Milton, a la una y media, se cansó de esperar. Comió en el automático donde solía ir Kent Farrar. A las tres, telefoneó a la agencia. Le informaron cuando dijo quién era, que su amigo Farrar había avisado que pasaría la tarde en New Jersey.

Britt Milton volvió a dedicar la tarde a estudiar los distintos tipos de lancha que efectuaban el recorrido turístico veraniego y mercantil invernal.

A las siete, en el despacho de Farrar, cerrada la puerta, se dedicó a desmenuzar las columnas de sucesos de todos los periódicos de la edición recién lanzada.

No encontró la menor alusión al accidentado recogido por una ambulancia. Empezó a examinar la columna de accidentes.

Repiqueó el teléfono sobre la mesa. Esgrimiendo el hasta entonces inútil lápiz rojo para señalar lo que pudiera relacionarse con su disparo matutino, se aplicó el auricular.

—... Despacho de Farrar, al habla. Diga.

—... Es la tercera vez que le llamo, Parrar. No sólo no ha arreglado nada, sino que me ha puesto en evidencia ante Arthur. Creo que necesita una orientación, joven.

—... Y tanto. ¿De qué se trata?

—... A las siete y media en punto, mi chófer Roger pasará a recogerle en mí «Bentley». Y si quiere ganar los quinientos ofrecidos, necesita que lo oriente yo. Su primer paso ha sido un tropiezo. A las siete y media en punto, esté en la acera ante la salida de su despacho. Le recogerá Rogers, mi chófer. No falte o rescindiré mi petición a la agencia.

—... De acuerdo.

Al ahorquillar, pensó Milton que en ausencia de Parrar, él podía suplirle, hasta que volviera su amigo de New Jersey.

NEW JERSEY leyó en el periódico, encima de una foto.
UNA ANTIGUA CELEBRIDAD DE NEW JERSEY.

La foto le fascinó.

Era la de Reginald. Un hombrecillo maduro, de sienes cenizas, mirada huidiza. Una mancha oscurecía la parte izquierda del rostro. Bajo la foto del que estaba en la plataforma de un vagón, se leía:

«Neil Harian sorprendido por nuestro fotógrafo en su reconquista de la libertad.

»New Jersey City. Esta madrugada, al toque de diana, Neil Harian que fue una celebridad hace unos años, abandonó el penal de Newark, donde cumplió dócilmente los siete años de condena que le impuso el tribunal».

A las seis y treinta, Neil Harian tomó billete para Brooklyn, su barrio nativo.

»Recordamos brevemente la poco ejemplar historia de Neil Harian. Un técnico en la apertura de cajas fuertes. Fue sorprendido cuando abandonaba la residencia del joyero Van Damm, en esta ciudad. Le acompañaba Dave Gaslik, que murió al hacer frente a la policía. Neil Harian confesó su participación en otros robos, pero siempre negó que fuese obra suya la apertura de la caja del Hotel Fulton, en Queens, de la que desaparecieron lingotes de oro por valor de trescientos mil dólares, que aquel mismo día había depositado el lapidario británico Arnold Upperman. Aquellos lingotes tenían que ser entregados a las once de la noche a un consorcio joyero de Brooklyn. Su desaparición originó muchas molestias a la dirección del hotel, al consorcio y principalmente a Arnold Upperman.

»Neil Harian negó siempre ser el autor de aquel robo. Esta mañana, apenas se obtuvo su fotografía, quisimos que nos declarase sus propósitos para el porvenir. Neil Harian se encerró en un mutismo obstinado. Le deseamos que tras siete años de meditación, emplee sus habilidades en otra clase de mecánica laboral».

Britt Milton recortó la foto y el reportaje. Entre dientes, refunfuñó:

—Vaya engañifa. ¡Conque un amorcito que se embarca para Europa! Y ahora...

Abrió el cajón extendiendo los billetes uno por uno, al trasluz, cerca de la bombilla. Parecían legítimos.

Cuando los hubo examinado, vio que su reloj marcaba las ocho menos veinte.

Miró por la ventana. No había ningún coche esperándole. Era asunto de Kent Farrar, que estaba tardando más de la cuenta allá en New Jersey.

Kent Farrar al ir a entrar, se volvió con rapidez. Un reflejo adquirido y acrecentado desde que sabía quién era Neil Harian, y por el aviso de Melba Cortez, sabía que Rolf Larson se interesaba mucho por el abre cofres libertado aquella misma mañana.

Un chófer, majestuoso en su librea gris, dijo respetuosamente:

—Son las siete y media, señor Farrar.

—Gracias por el servicio horario. ¿Y qué más?

—El señor Talbot debió telefonarle que le esperaba su coche a las siete y media, señor Farrar.

—¿Cuál de los Talbot?

—El señor Clive Talbot. Le espera en su casa.

El chófer abrió la portezuela de la limousine «Bentley», y Kent Farrar se instaló en el asiento posterior.

Al volante, resaltaban las recias espaldas del chófer, cuyo rostro era pecoso. Las mandíbulas pulcramente afeitadas, tenían energía.

—No me acordaba ya de los Talbot, amigo...

—Rogers, señor. Derek Rogers. Con su permiso aparcaré unos instantes para recoger al señor Talbot.

—¿Cuál de ellos?

—El señor Arthur Talbot. Es la hora en que abandona el club.

—Celebraré volver a ver al joven Talbot. Este mediodía no me dio tiempo para apreciar las excelencias de su conversación.

El «Bentley» remontaba Forrest Park hacia Queens. Derek Rogers frenó en uno de los aparcamientos entre mirtos alineados sistemáticamente. Equidistaba el aparcamiento de las avenidas Fulton y Forrest, sede de los clubs elegantes.

—Es mi obligación todas las noches esperar de ocho menos

veinte a ocho menos diez. Si no viene el señor Talbot, regreso a mi garaje. ¿Puedo encender un cigarrillo, señor Parrar?

—Está usted en su casa, Rogers. ¿Sabe usted quién soy?

—Un detective al que le encomendaron algo imposible.

—Usted es un buen conductor, Rogers. ¿Qué tal pájaro es Arthur?

Soplando humo, Derek Rogers contestó amablemente:

—No soy cocinera ni doncella. Sólo murmuro de mis patrones cuando me despiden.

—El rey Talbot me llamó antítesis del caballero esta mañana. Media hora después el príncipe Talbot, me arreó un K. O., total, sin previo aviso. Aunque me anunció que corrían peligro mis dientes, estaba yo mirando a otra parte cuando atacó a traición. ¿Qué pretende ahora el viejo Talbot?

—Lo ignoro, aunque debe usted excusar la intemperancia de Arthur. No es malo en el fondo. Pero es un caprichoso.

Kent Farrar miró su reloj. Las ocho menos cuarto.

Bajando del coche, anunció:

—¿En qué club?

Apuntó Rogers con su cigarrillo hacia un luminoso que en el ático de un edificio, al otro lado de la avenida Forrest, pregonaba las excelencias de un cóctel medicamento sano para los cardíacos.

—Cuarto piso, Yale Club.

Dos individuos surgieron de entre los mirtos. Uno era alto y anguloso. El otro pequeño y macizo. Avanzaban apresuradamente, y el más pequeño gritó:

—¡Ven acá, tú!

Kent Farrar se arrodilló, dio una vuelta sobre sí mismo, y perdió de vista la automática que esgrimía el más adelantado; el pequeño con cara de fox-terrier rabioso.

Sólo oyó dos toses secas, procedentes de la abierta ventanilla del coche. Y al incorporarse vio al alto y anguloso abrazarse a un mirto, antes de resbalar lentamente. El otro estaba ya boca arriba.

Los dos presentaban la misma marca. Un orificio en la frente, un poco más arriba del entrecejo el pequeño, y justo en el entrecejo el más alto.

Derek Rogers, bajando, preguntó:

—¿Está herido, Farrar?

En pie, sacudiéndose la ropa, Kent Farrar murmuró:

—Vaya pulso, amigo. Cayeron fulminados.

—Además de chófer, soy escolta de los Talbot. Licencia extendida por la propia Jefatura de Detectives, donde pedí la excedencia al contratarme Talbot. Hace ya unos días, Arthur Talbot dijo que dos hombres le acechaban. Los describió. Eran estos dos.

Kent Farrar apoyó un pie en el estribo. Indicó secamente:

—Para usted la caza, Rogers.

Derek Rogers demostró que sus músculos tenían solidez. Atraía por las solapas al más pequeño, y por el cuello de la americana al más alto, arrastrándolos por el césped.

—Un lugar apropiado para toda clase de parejitas, Rogers.

Crispadas las mandíbulas por el esfuerzo, empujaba el chófer expolicía los dos cuerpos al interior, entre el respaldo delantero y el asiento que había abandonado Farrar.

—Las ocho menos siete minutos, Rogers.

—Estos dos sabían también que aquí esperaba yo todas las noches, a esta hora, a Arthur Talbot. Debieron creer a la media luz, que usted era el hijo de mi patrón. Escogieron el peor momento. Usted pudo disparar.

—Lo hizo mejor usted, palabra que sí. Bien, ¿y ahora qué?

—Ignoro lo que determinará el señor Talbot. Si usted lo desea, iremos al Precinto Sexto, que es el más cercano.

Derek Rogers al volante, parecía esperar una orden.

Sentándose a su lado, replicó Farrar:

—Transmita mis opiniones a Clive Talbot. Tengo entre cejas..., otro plomo más importante que ocuparme de su hijito. Yo creo que usted mismo podría atender a Melba Cortez. He comprobado que estos dos intentaban atacar a un hombre. He sido testigo de que usted disparó oportunamente. Y ahora, déjeme donde me recogió. Estos dos, con la alfombrilla encima, pertenecen ya a la familia Talbot, y usted es policía. Dígale a su patrón que perderá el tiempo ofreciéndole dinero a Melba y cuando averigüe por qué esos dos tipos querían molestar a Arthur Talbot, comuníquemelo, Rogers. De momento, tengo en mi entrecejo algo más importante.

—El señor Talbot me ordenó que le recogiera...

Kent Farrar golpeó el canto sobre el cuadrante. Frenó Rogers en seco arrimando a la acera.

—Pongamos las cosas en claro, Rogers. Usted y su patrón sabían que dos individuos, por razones que ellos se han llevado al otro mundo, intentaban algo contra Arthur. Decidieron usted y su patrón que yo esta noche podía ser un buen testigo, si existía la posibilidad de que estos dos acudieran. Ya he sido testigo, pero no soy un pelele, Rogers.

—Como diga el señor —sonrió Derek Rogers—. Tengo que ir al Precinto Sexto. ¡Taxi! —llamó por la ventanilla.

El taxi frenó, colocándose ante la limousine «Bentley».

Kent Farrar miró al elegante chófer, expolicía:

—Mañana pasaré a visitar a su patrón. ¿A qué hora es la mejor?

—A las diez el señor Talbot nada cien metros braza. A las diez y cuarto desayuna. La piscina tiene agua tibia en invierno, helada en verano. Yo creo que el señor Talbot le recibirá con agrado, Farrar. No le gustó que su hijo le golpease. Estima como yo, que siempre es preferible no crearse enemigos. ¿Algo más, Farrar?

—Se lo diré cuando liquide otro asunto más importante, Rogers.

En el taxi, dio Farrar su dirección. Tenía que descartar a Rogers y los dos que viajaban sobre la alfombrilla en abrazo macabro, sosteniendo en su regazo el más alto, al de la cara de fox-terrier colérico.

Dos tiros que hubiese rubricado el propio Britt Milton.

CAPÍTULO V

Kent Farrar abrió con su llave, y Britt Milton exclamó:

—¡Ya era hora, Sherlock! Desde el mediodía, esperándote, y con un notición fenomenal.

—Un minuto, un minuto, compadre. Tengo que poner orden en mi sesera. Y necesitare que me ayudes, porque esta vez he dado con un filón. Pero a solas, tardaría, y además para que me carbure el cerebro, necesito tenerte a la espalda, en este magnífico filón.

Britt Milton extendió sobre la carpeta los billetes de cincuenta.

Y dijo:

—Dos mil limpies de polvo y paja, aunque los gané misteriosamente.

—Un minuto, un minuto —atajó Farrar, nerviosamente—. He de telefonar a la patrona. ¿Son de propaganda estos papeles?

Iba marcando en el disco, y Britt Milton colocó encima de los billetes el recorte con la fotografía de Neil Harian.

Kent Farrar se atragantó, dilatados los ojos.

—¿Qué demonios...? —Y cambiando el tono, añadió—:... Hablaba con un amigo, Georgia. Vete tomando nota taquigráfica en el expediente Talbot. Última novedad. A las siete y media, un chófer llamado Derek Rogers me recoge en el coche de Talbot, ante mi puerta, regresando yo de New Jersey.

—... ¿Qué fuiste a hacer allá? No cargues a mi cuenta este viaje.

—... Subo en el «Bentley», y Rogers me lleva al aparcamiento más solitario de Forrest Park. Según dijo me quería ver Clive. Y allí esperaba siempre diez minutos, para recoger a Arthur, procedente del Yale Club. A menos cuarto, aparecieron dos tipos. Uno, alto y flaco, con medio rombo por cara. El otro pequeño y gordito con mueca de perrillo al que roban un hueso. Me dijeron que me acercase. Llevaban dos automáticas. Derek Rogers disparó sólo dos plomos. ¡Floc, floc! En plena sesera. Los recogió y empaquetó con la

alfombrilla trasera. Dice que pidió licencia de policía, para pasar a ser chófer, escolta y secretario de Talbot Clive. Iba al Precinto Sexto, con su carga, me dijo. Yo le notifiqué mi renuncia a los quinientos. Pero le dije que estaba claro que me emplearon como testigo. Según pretende, eran dos tipos que acechaban a Arthur. Mañana a las diez, si me despierto y la noche no sigue tan agitada, visitaré a Clive Talbot. Algo me huele a podrido en todo esto. Cierro.

En torno a la boquilla, colocó Farrar la mano cerrada. El auricular lo aplicó sobre la solapa.

—Dispara, Britt.

—El alto llamaba Buddy al otro, que le correspondía con Johnny. También aparecieron con pistolas. Me confundieron contigo. Les aclaré el error. Traían el encargo de que abandonases el asunto que te encomendó el viejo Talbot. Dos payasos alquilados...

Kent Farrar apartó el auricular y se oyó la voz femenina:

—... ¡Te he, dicho lo que pienso!

—... Repite, con mejores modos, Georgia.

—... Ven inmediatamente, Kent. Tú puedes demostrar que estos dos que te confundieron con Arthur Talbot, los pagó Rolf Larson. Es indudable.

—... Hasta mañana estoy muy atareado. Iré mañana. No telefonees, porque tengo varias citas urgentes. Felices sueños.

Ahorquillando, Kent Farrar se pasó el pulgar y el índice abiertos por las sienes.

—Por partes, Britt. ¿Qué es de este recorte?

—Buscaba en los periódicos noticias de un hombre que esta mañana, a las siete y un minuto, recibió un balazo de mucha suerte en el muslo derecho. Vi esta foto, que corresponde a Reginald.

Kent Farrar resbaló hasta hundirse en el sillón. Su índice y pulgar presionaron sobre sus párpados cerrados.

—¿También tú, Brutus? A partir de este mediodía en el piso de Melba Cortez, navego entre brumas. Y tú me echas toneladas de algodón...

—¿Melba Cortez? ¿La sensación de Broadway? ¿Ya sabes que tiene pena de muerte el que la ronde?

—Por favor, por favor, compadre. Volvamos al recorte éste. ¿Dónde leíste que le pegaron un tiro a Neil Harian?

—Aquí.

Miró Farrar los billetes que señalaba sobre la mesa Milton.

Volvió a presionarse los globos oculares.

—Te lo suplico de rodillas. Britt Milton. Pase que Melba me hable misteriosamente, que Rolf Larson me escrute penetre y aquilate, que Derek Rogers me haga asistir a una exhibición de tiro con silenciador, pero tú eres mi amigo, ¿no? La única persona de quien puedo esperar que hable claro, sin jeroglíficos ni adivinanzas. Te pregunto cómo sabes que al hombre de la foto le soltaron un tiro.

—Porque se lo solté yo.

Kent Farrar, levantándose, se aproximó a la bombona de agua. Bebió, y estrujando el vaso parafinado, dijo lentamente:

—El barómetro señala altas presiones a la sombra, Britt Milton. La psicosis de guerra a veces reaparece de pronto. ¿Te encuentras bien?

—Boyante, y con la lancha en perspectiva. Esto son dos mil dólares ¿sí o no?

—¡Sí! ¿Quién es Reginald?

—Prometí guardar el secreto, pero como

Zsa-Zsa

me engañó miserablemente, contándome una romántica historieta, puedo hablar.

Kent Farrar juntó las manos, e imploró:

—Habla, habla. Por orden cronológico.

—A las dos de la madrugada, me acerqué al coche de Melba... Sí, de Melba Cortez. La conocí hace tres noches. Iba sola, y le disparó a un pichón, me sonreí, y entablamos, un flirt. Me dijo que yo le parecía un leopardo famélico.

El sonido que Farrar emitió tenía rememoranzas selváticas.

—Estamos tratando de relacionar los dos mil y la foto ésta, Britt.

—Bueno, el caso es que le dije a Melba que sabiendo que Rolf Larson quería casarse con ella, yo no quería servir de pichón. Me llamó cobarde, y contesté que podía ser que no la quisiera lo bastante. Se marchó deseándome una muerte lenta a manos de Larson.

Kent Farrar se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Ojos grises, tigres, leopardos...!

—El barómetro señala altas presiones, Kent.

Britt Milton explicó detalladamente su entrevista en el «Bentley», y su actuación en las proximidades de Canarsie Terminal.

Kent Farrar miraba al techo, fruncido el entrecejo.

Britt Milton añadió:

—Está claro, que la ambulancia era el segundo truco de Zsa-Zsa.

Dos comparsas suyas preparadas para recoger a Harian, apenas cayera. Me pagó dos mil, porque estaba convencida que no fallaría. Y que luego me callaría, ya que ante la policía, me costaría trabajo demostrar que me tragué la píldora de la historieta sentimental.

Kent Farrar se puso en pie.

—Vamos a cenar, Britt. Y te lo suplico, mentalmente arrodillado. Silencio, hasta que me salgan los grillos que tengo en la sesera.

Recogiendo billetes y recortes, Milton siguió a su amigo. Guardó silencio hasta que abandonaron el automático. Le cogió por el brazo Farrar murmurando:

—Eres el hombre ideal, compadre.

—Esto me dijo anoche

Zsa-Zsa.

—Ella llevaba plástico o un estucado cubriendo sus facciones, dejando libres los labios. Y hay cristales que se colocan bajo los párpados, para cambiarse el color de las pupilas. Pero era un «Bentley», limousine, y si te sentases junto al volante, identificarías el coche, ¿no?

—Claro.

—Queda para mañana. Ahora vamos al

Diamond's

Horse.

—¿Qué pasa allí?

—Es donde cogerás un teléfono. Está frente al 3118 de Jamaica Line. Llamarás a Melba Cortez. Estás arrepentido de tu grosería de anoche. Te comes crudo a Rolf Larson si se atreve a rechistar. Anoche le hablaste a ella con rudeza, porque no tenías un níquel.

—Le hablé como lo hice, porque el detective del Trust me advirtió que Larson era el que, entre bastidores, quería para sí a Melba.

—Melba aborrece a Larson, y además este mediodía trataba de

ahogar con licor, los sollozos íntimos que le produce ver hielo en tus pupilas. Escucha, Britt, yo estoy sobre una pista soberbia, que me facilitó Melba, al indicarme que indagase sobre Neil Harian y Betty Arlen. En algún punto que por ahora ignoro, coinciden tu Zsa-Zsa

y Larson. Tú puedes obtener de Melba más informes. Si damos con Betty Arlen, podemos hacernos con una fortuna. No la he hallado en ningún censo ni listín de este año. Pero ella es la clave.

—La clave, ¿de qué?

—Betty Arlen estuvo casada con Neil Harian, y se divorció cuando éste pasó a cumplir condena en Newark.

Confidencialmente, reiteraba su intención de buscar a Betty apenas saliera, porque deseaba volver a hacerla su esposa.

—Por lo tanto, Betty no es la enmascarada que anoche...

Cogiendo del brazo a Farrar, dobló Milton la esquina de Alabama-Jamaica. Señaló el escaparate de un *drug-store*.

—Despista, pero mira por el espejo. Hay un «Chevrolet», gris, que nos viene siguiendo desde que salimos del automático. Conduce una mujer. Una rubia. Espléndida... Viste de negro y lleva una especie de poncho sobre los hombros. Las luces de tráfico la han obligado a parar; hasta ahora iba a poca marcha, arrimando su coche a la acera.

Mirando por el espejo, dijo Kent Farrar:

—Es curioso. ¿Por qué nos espía Georgia? Dedícate a lo que te he dicho. Averigua lo que sabe Melba. Nos reuniremos en el Diamond's

Horse. Si a las once no estoy allí, reunión en mi despacho.

El «Chevrolet», virando la esquina, fue a detenerse en el estacionamiento permitido. Una mujer con bellas líneas, de estrecha cintura, terso rostro y dorado cabello en abanico sobre los hombros, descendió.

Eran esbeltas sus piernas, y los zapatos de tisú plateado, daban mayor realce a su estatura. El vestido de noche demostraba que su tipo escandinavo era sólido, sin blanduras.

Kent Farrar, girando sobre sus tacones, silbó admirado.

—Beso tus pies, señorita Baxter. Permíteme presentarte a Britt Milton. Ya te hablé de él. ¿Lo recuerdas? El mejor tirador del Vietnam, Aquí la tienes, Britt. Mi jefa.

—¿Cómo está usted? —saludó ella, con un tono suave—. He estado siguiéndote, Kent, porque quisiera hablar en privado contigo. Han ocurrido cosas de extrema gravedad.

—A mi modo de ver, celebro estos graves acontecimientos que te sientan muy bien. Hasta luego, Britt.

—Buenas noches, señorita Baxter.

Britt Milton vio a su amigo instalándose al volante. No pudo oír lo que decía Georgia Baxter apenas se sentaba.

—A las ocho y minutos, un policía de ronda, por el Forrest Park ha encontrado el cadáver de Arthur Talbot. Me ha telefoneado Clive Talbot invitándome a ir contigo a su casa. Está allí la policía. ¿Adónde ibas, Kent?

—Paseando, cómo pudiste observar. ¿Qué teoría sustenta Clive Talbot?

—Ninguna.

—¿Y tú?

Georgia Baxter elevó los nacarados hombros. Y fue Kent Farrar el que suspiró.

Porque entre la bruma de aquel día por lo menos había una tangible realidad. La espléndida hermosura de Georgia Baxter.

CAPÍTULO VI

Melba Cortez había solicitado que actuara la sustituía. El médico de la compañía teatral había redactado su diagnóstico, aduciendo hemicránea y depresión nerviosa.

Tendió ella la mano lánguidamente cuando campanileó el teléfono sobre la mesita de noche.

Y perdió toda languidez al oír:

—... Tengo que hablar contigo, Melba. Es preciso que me oigas.

Había ella reconocido perfectamente la voz metálica, pero contestó:

—... Le oigo perfectamente. ¿Quién es usted?

—... Britt Milton. Estoy en el

Diamond's

Horse. Y yo creo que tú no eres una frívola muchacha que te niegues a escucharme, ya que estoy dispuesto a ser rabiosamente sincero.

—... ¿Cómo anoche?

—... Deseo verte.

—... Puede enterarse Rolf. Tiene asalariados al conserje y al detective.

—... Si a ti no te perjudica, a mí me tiene sin cuidado. Ya pasó el tiempo de los señores feudales. Quiero aclarar varias cosas.

—... Tercer piso, departamento 18.

Apenas colgó, saltó ella de la cama para irse a contemplar al espejo. Y mudó rápidamente su pijama, por un sencillo vestido. Sin maquillar, con sandalias de tacón bajo y recogido el cabello flamígero, tenía aspecto de colegiala, decidió satisfecha.

Y abrió la puerta bien decidida a demostrar que no perdonaba las ofensas. Britt Milton, avanzando, opinó convencido:

—Con un delantal de esos de cuadritos, quedarías del todo casera. Pero este departamento es demasiado caro.

—Puedo pagarlo sin ayuda de nadie. ¿A qué has venido?

Sentándose, extendió Milton las piernas:

—Estoy metido en un embrollo mayúsculo. Pero empezaré por el principio. Anoche fui sincero al decirte que tal vez no te quería lo suficiente para exponerme a que la escuadra de Larson, la tomase conmigo. Pero también existía otro motivo. Anoche no tenía un níquel. Y además, tú estás acostumbrada a lujos.

—Muy interesante —comentó ella, fingiendo reprimir un bostezo, y continuando en pie—. ¿Qué más?

—He estado pensando en ti. Me diste la impresión de estar muy sola y no haber nacido para sensación de revista. Ahora mismo, viéndote así quedo más convencido de que no eres la buscadora de oro que patalea por Broadway.

—Dijiste que estás metido en un embrollo.

—Hablemos de ti primero. ¿Quieres a Rolf Larson?

—No, y se lo he repetido muchas veces, pero él dice que la fruta acida madura lentamente, y considera casi un honor demostrar que puede esperar a que yo me case con él.

—Uno fuera, ¿quién más hay?

—Arthur Talbot, que entrará en posesión de un cuarto de millón, dentro de dos meses. Hice lo imposible por enamorarlo, y me alegra mucho que en los salones de juego de Rolf Larson, haya ido firmando pagarés por mucha cantidad. ¡Y ojalá pueda arruinarse pronto!

Las lindas facciones tuvieron por unos instantes una expresión de intenso odio. Britt Milton murmuró asombrado:

—¿Por qué quieres que se arruine?

—Es mi secreto. Y por lo tanto, como puedes comprender, té has equivocado al creer que no soy una buscadora de oro.

—Te desmientes tú misma, damita. Si buscaras oro, te sería más fácil obtenerlo casándote con Arthur Talbot o con Rolf Larson. Ya me dirás tu secreto cuando lo creas oportuno. Ahora, dime si te conformarías con esperar a que yo hiciese algún dinero para adquirir una lancha y una casita.

—¿Una lancha y una casita? —fingió ella asombrarse.

—Con una lancha que vale dos mil, y quinientos para la licencia, en este próximo invierno transportando mercancías por los Rívers, haría dinero. Has de pensarlo. Yo tengo el convencimiento de que

podemos unir, nuestras dos soledades. Me diste el flechazo visual, pero después de que anoche te fuiste, me empezó a repicar algo aquí dentro. Y por fin, ahora al verte... tú dirás. Será presunción, pero me parece que fue amor lo que nos unió apenas nos vimos. Tú dirás.

—Yo digo...

Britt Milton, en pie, volvió a cerrar los brazos. Ella hundió el rostro entre las solapas, y susurró:

—¿De qué color los cuadros del delantal, Britt?

—Arco iris semanal —concretó Milton.

Al desprenderse, preguntó ella, sentándose en el diván:

—¿Cuál es tu embrollo, Britt?

—Es largo de contar, pero acabo de verme con Kent Farrar.

—¿El detective que estuvo aquí este mediodía?

—Es mi amigo, y dice que el hombre al cual yo le pegué un tiro esta mañana, es Neil Harian. Y que si encontramos a Betty Arlen, podemos ganar dinero. Como me hace falta para la lancha y la casa, y él y yo no tenemos secretos...

—¿Has matado a Neil Harian?

—No. Sólo una herida leve para que no pudiera andar. Escucha, ayer noche, apenas te fuiste, me llamó una mujer desde su coche, que aparcaba con luces apagadas, a poca distancia.

El timbre de la puerta emitió su zumbido. Gruñó Milton, levantándose:

—Va siendo hora de que este jefe de pandilla, sepa que ya no estás sola.

Arreciaron los timbrazos, acompañados por impacientes toques de nudillos.

Junto a Milton, murmuró ella:

—Es preferible que yo hable primero con...

Britt Milton abrió.

Dos individuos entraron autoritarios, con calmosa lentitud. Uno, vestido de azul sedoso, tenía unos ojos densamente penetrantes, crueles.

El otro, huesudo, de ancha mandíbula y gruesa nariz, curvó la palma de la mano en torno a una insignia.

—Teniente detective Douglas. Me acompaña el sargento Kelly.

El sargento Kelly parecía buscar cuerpos del delito hasta en los

cuadros. El teniente Douglas ocultaba los irritados párpados tras gafas oscuras. Y añadió:

—Usted es Melba Cortez. ¿Puede saberse quién es este hombre?

—Britt Milton, mi novio.

—¿El tercer candidato, entonces? —ironizó Kelly.

Hablaba torciendo la boca. Le resultó instantáneamente antipático a Milton, que dijo secamente:

—El artículo doce del reglamento especifica que los agentes al servicio de la Ley, serán bien educados, aunque les cueste un esfuerzo. Y para entrar en un domicilio necesitan estar provistos de mandamiento. Por último, su ironía es cuartelera, sargento Kelly.

El teniente Douglas adelantó los labios, emitiendo un ruido semejante a la espuma brotando a chorros de un frasco.

Curt Kelly miró repentinamente a Milton, como si le tomara medidas para encajarle en un ataúd. Dijo Douglas:

—Ese artículo doce se lo ha inventado usted, Milton. Pero ráscate si te pica, Kelly. Mientras no se demuestre lo contrario, todo ciudadano, cualquiera que sea su sexo, está protegido por la Ley. Deseo fervientemente que no exista un solo miligramo de irregularidad en usted, Milton, porque en otro caso, el sargento Kelly demostraría que si es rudo, lo hace para proteger a los demás ciudadanos. ¿Puede decirnos si conoce a Arthur Talbot, señorita?

Melba Cortez sentada, asintió en silencio.

Curt Kelly apartó la cortina, adelantando el busto. Aumentó la antipatía que le inspiraba a Milton.

—Tenemos entendido que Talbot visitaba con frecuencia este piso.

—Casi todos los mediodías, viene a buscarme para ir a almorzar en la piscina del Yale Club.

—Según parece, desea casarse con usted.

—Pero yo no pienso casarme con Arthur.

Curt Kelly, examinando la licorera, torció la boca:

—Tiene tres en el retortero.

Britt Milton, cerrando los puños, manifestó:

—¡Qué lástima que sea usted policía, caramba!

—¿Verdad que sí? —sonrió el teniente Douglas—. Sí, es una lástima, porque atrapando asesinos, Kelly es un hacha. Tenemos entendido que Rolf Larson siente una gran atracción hacia usted. Y

ya que está presente el tercer candidato, procuremos poner en fila india, por orden, sus tres aspirantes, señorita Cortez. ¿Soy correcto, Milton? ¿Le resulta desagradable este tema?

—Larson y Talbot tuvieron su oportunidad de convencer a Melba. Yo he ganado. Eso es todo.

—Ha ganado, dice —intervino Kelly, inclinándose para arañar la urdimbre de la alfombra—. Siempre en el terreno del artículo doce Milton: ¿Dónde estaba usted de siete y media a ocho menos cuarto, esta noche?

—No contesté —sonrió Douglas—. Este Kelly le saca punta a un poste. Seguro que usted sería muy amigo de Talbot, ¿no, Milton?

—Ni le conozco siquiera. Y desde las siete hasta cerca de las ocho y cuarto, estuve en el despacho 7 N, galería primera, número 78, de la calle Dyker.

El teniente Douglas, quitándose las gafas se frotó los párpados con el nudillo del pulgar. Curt Kelly, tomando nota en su bloc, dijo:

—No es por llamarle embustero, Milton, si pregunto quién atestigua que se hallaba usted donde pretende.

—Sólo yo lo atestiguo. Estaba allí esperando a un amigo.

—¿Qué tal se llevan Larson y Talbot? —indagó Douglas.

—Amistosamente, puesto que a ninguno de los dos les prometí... —se interrumpió ella para exclamar—: ¿A qué viene todo esto, señores?

—Pregunta que los seres inocentes y sin la menor trastienda, lanzan apenas nos ven, ¿verdad, mi teniente? Buen síntoma que demuestra que ninguno de los dos es completamente ajeno al percance, orígenes y móviles; ¿o voy despistado, mi teniente?

Ajustándose las gafas, Douglas opinó:

—Es la simple y aburrida rutina de las primeras indagaciones, señorita Cortez. Pero como cayó un pez gordo, y pudiera ser que cayera otro pez gordo, estamos muy ansiosos Kelly y yo. En verano, cuando sopla viento de bochorno, se enciende la sangre. No se puede figurar la cantidad de arrechuchos pasionales que acometen a gente pacífica, señorita Cortez. Y no creo que Rolf Larson sea pacífico, en ninguna estación del año. ¿Cuál es su profesión, Milton?

—Tiro a la carrera, en el Vietnam, y tiro al pichón de medianoche a dos de la madrugada en Coney.

—Altamente sospechoso, ¿no, Kelly? —sonrió Douglas—. Demasiado tal vez. Porque si le molestase un aspirante a millonario, en un arrechucho de celos, en pleno bochorno agosteano, no le temblaría el pulso al tercer candidato. Lástima que no tenga una coartada firme, Milton. Me apuesto la paga de octubre, a que Rolf Larson dispone de magníficas coartadas para él y sus muchachos. ¿Dónde dijo que estaba a las siete y media? Usted, Milton.

—Calle Dyker, 78, primera galería, despacho 7 N —leyó Kelly.

—Me suena esta dirección, ¿verdad, Kelly? Bien, ya hemos abusado excesivamente de su amabilidad, señorita Cortez. Es posible que suceda lo que siempre ocurre en casos semejantes. Se remueven intimidades, salen a relucir secretitos, y créame si le aseguro que la práctica demuestra que contarnos la verdad, facilita las cosas. Usted pudo ser el móvil, señorita Cortez, pero ya pasó el tiempo en que Eva fue castigada por haberle tendido la manzana a nuestro primer padre. ¿Dónde se aloja de costumbre, Milton?

—En una cabina de los Tiros al Pichón, en Coney. Allí duermo.

—Es viajero el chico del Vietnam —gangué por la comisura de los labios Curt Kelly—. Al crepúsculo por la calle Dyker, a la nohecita aquí, y a dormir en Coney. ¿Tiene despacho en la calle Dyker?

—Ya dije que esperaba allí a un amigo.

—¿Es indiscreción saber quién es el amigo ese?

—Kent Farrar.

—Vámonos, Kelly. Aún tenemos que gastar mucha suela y saliva. Si saben de algo que nos pueda ser útil para salir de dudas por lo que se refiere al joven Talbot, ahora es el momento.

Mantuvo Kelly la puerta abierta, y Douglas antes de salir, dijo sin volverse:

—Nos habíamos olvidado de una trivialidad. Ya sólo le quedan dos pretendientes, señorita Cortez. Porque una bala calibre 32 acabó con Arthur Talbot entre los mirtos del Forrest Park, esta misma tarde entre siete y ocho.

Britt Milton avanzó hacia la puerta:

—Por si sirve, he sido testigo de algo relacionado con Talbot.

Dio Douglas media vuelta, y alisó Kelly una hoja del bloc.

—Este mediodía, esperando a mi amigo Farrar en su despacho, se presentaron dos sujetos que me confundieron con Farrar. Iban a

decirle que abandonase lo que le había encomendado el viejo Talbot. Se llamaban entre sí Buddy y Johnny. Éste al irse, dijo que si volvía a visitar a Farrar sería para cargárselo.

Douglas miró a Kelly que, trazando el último signo taquígrafo, comentó:

—Esto parece coincidir con lo explicado por Rogers, teniente.

El teniente Douglas apuntó un índice acusador hacia Milton:

—Cuando los ciudadanos reciben visitas de esta clase, es su obligación avisar a la policía.

—Kent Farrar ejerce como detective, y... —empezó a decir Milton.

Atajó Kelly, blandiendo su bloc:

—Va bien, guerrero. Espero que el mutuo disgusto de habernos conocido no tendrá una segunda parte.

Salió el teniente Douglas, y cerró Kelly desde fuera atrayendo la puerta sin suavidad.

En el diván, Melba Cortez se masajeaba las sienes con las yemas.

Sentándose a su lado, comentó Milton:

—Rolf Larson se verá complicado en esta muerte.

—Rolf Larson no tenía el menor interés en que muriera Arthur, sino todo lo contrario.

—Pudo creerse que tú te casarías con Arthur.

—Le constaba que no, y además posee muchos pagarés firmados por Arthur. Pérdidas de juego y préstamos. En fin, lo siento por Arthur...

—Antes declaraste que le odiabas y deseabas arruinarlo...

Ella, cerrando los ojos, pareció alejarse en el tiempo, y habló con tono apagado, melancólico:

—Antes de ser una de las atracciones de Broadway, fui una muchacha que vivía sin preocupaciones. Un hogar, un padre trabajando y ahorrando para tener su casa en el campo, y una madre que soñaba con que su yerno fuese por el estilo de papá. Una compañía anunciaba en los periódicos la solidez de una especulación sobre terrenos. El señor Parker invirtió todos sus ahorros y contrajo deudas, comprando acciones de aquella compañía. Todo era legal. También fue legal la quiebra de la compañía. Y el señor Parker, al verse arruinado y con deudas, sufrió un instante de depresión. Se arrojó desde la ventana de un noveno

piso. El señor Parker era mi padre. Yo he adoptado el apellido materno. La compañía que arruinó a mi padre como a tantos otros desgraciados, fue una de las tantas que fundaron Clive y Arthur Talbot. ¿Comprendes ahora por qué quise arruinar a Arthur? Bebía mucho, y yo no se lo impedía, sino todo lo contrario, y le llevaba a los clubs de juego de Larson. Vengándome por partida doble, ya que Arthur es hijastro de Clive, y éste no tiene fortuna propia. Sé que ha especulado con el capital que heredó Arthur de su madre, y yo ponía todo mi afán en arruinar a Arthur, para con ello vengarme de ellos dos. Ahora... quiero olvidar todo esto. Sólo me interesa lo que te preocupa, Britt. Cuéntame lo que se refiere a Neil Harian.

Britt Milton empezó por segunda vez a narrar detalladamente las razones por las que a las siete de aquella mañana había colocado a Neil Harian en situación de ser recogido por una misteriosa ambulancia.

CAPÍTULO VII

Apenas los dos hombres entraron en el ascensor, el uniformado portero del club nocturno, perdió rigidez y adquirió una gran flexibilidad abalanzándose al teléfono particular, para llamar a Stan Foster.

—... Comunica a Larson que están subiendo el teniente Douglas y el perro Kelly. Me han preguntado si estaba el jefe. Acelera.

Colgando regresó a su majestuosa impavidez bajo el toldo de entrada. Era un empleado con gran sueldo, que conservaría esta bicoca, mientras Rolf Larson administrara aquel club nocturno.

Stan Foster, jefe de personal, retransmitió el aviso por otro teléfono antes de abrir personalmente el acceso a la antesala del piso que era el domicilio, particular de Rolf Larson.

El teniente Douglas, sosteniendo con la zurda sus gafas, se frotó los irritados párpados, mientras atravesaba la antesala. Curt Kelly midió lentamente a Stan Foster.

—Supongo que ya estará avisado tu patrón, ¿no, Empanada?

Stan Foster encogió los hombros, fingiendo inocente impasibilidad. Pero ambas características le resultaban imposibles. Su rostro terroso y picado de viruelas, le había valido el apodo. Él y Butch Regan constaban como los dos principales hombres de confianza de Rolf Larson.

Y éste era el resquemor de Curt, que lo manifestó de nuevo:

—Es un escarnio que la carnaza de patíbulo como tú y Butch Regan os vayáis esquivando a vuestro destino, gracias a las malas artes en que vuestro inteligente patrón emplea su maldita inteligencia.

El teniente Douglas, al ajustarse las gafas, sintió mayor irritación en sus cuencas oculares, viendo la amable sonrisa de Rolf Larson que impecable en su *smoking*, hizo un gesto vago señalando el confortable despacho-biblioteca-bar.

—Está usted en su casa, teniente. Me ha sido notificado que preguntó por mí. ¿En qué puedo servirle?

—En lo único que nos apasiona, no compartes nuestra pasión, Rolf —aseguró Kelly, entrando—. ¿Cuántas veces se lo he jurado, teniente? El día en que pillemos en un renuncio a este Maquiavelo de Rolf, haré lo que nunca he hecho.

—¿Aprender buenos modales, Kelly? —sonrió Larson, brillantes los ojos.

Bufó Douglas en su especial risa y Kelly declaró reverentemente:

—Entregarle mi paga de Navidad al limosnero de San Patricio.

—¿Qué sabes de Arthur Talbot, Rolf? —inquirió Douglas.

—Un buen cliente.

—Acabamos de visitar a tu esquiva beldad. Debe de ser un tormento que la chica se resista a tu guapura y a tu cochina riqueza —atacó Kelly.

—Al grano, Rolf. ¿Conoces a un tipo llamado Johnny Chalmers?

—Lo tuve de guarda sala algún tiempo. Lo eché por incorrecto. Confundía mi negocio con una timba portuaria. No me aprecia.

El teniente Douglas empleó también el amable tono de Rolf Larson:

—No llevamos orden alguna para que nos acompañes, Rolf, pero yo particularmente te lo ruego. Quiero que oigas hablar a un muerto.

Rolf Larsonladeó la cabeza y entornó un párpado. Dijo por fin:

—Una experiencia macabra, teniente. ¿Quién es el muerto?

—Arthur Talbot.

Contrajo Larson los músculos faciales. Parecía sincera su íntima cólera. Para Curt Kelly significaba que el gángster inapresable, se sentía furioso por la torpeza de alguno de sus empleados. Dijo:

—Todo señala a Buddy Elliot y Johnny Chalmers como ejecutores de la orden de liquidar a Arthur. El móvil está claro. Ya lo dijo Arthur Talbot.

—¿Vienes, Rolf? —invitó el teniente Douglas.

Poco después, Curt Kelly se instaló junto al policía del volante. Atrás, Rolf Larson hizo lo mismo que Douglas. Guardar silencio.

El recorrido duró diez largos minutos, hasta que el coche aparcó en los jardines de una mansión en Seneca Avenue, una de las arterias residenciales de Queens.

Había otros dos coches. El «Bentley», propiedad de Clive Talbot, y un «Buick» con el escudo de la Brigada Criminal a cuyo frente estaba Douglas.

—Puede que el recibimiento del viejo Talbot no sea cordial, Rolf —advirtió Douglas, mientras atravesaban el ancho vestíbulo—. Habrás de excusarlo, porque todavía, como quien dice, está caliente el cuerpo de su amado retoño...

Curt Kelly se abalanzó a tiempo y el disparo taladró el techo.

Chasqueó la lengua, disgustado, mientras cesaba en su forcejeo Clive Talbot, que permaneció respirando ansiosamente en el umbral del salón:

—Pudo dispararle desde la ventana al verle llegar, Talbot —recriminó—. Pero no intentarlo delante de nuestras narices, porque desgraciadamente antes que mi particular satisfacción, está mi profesional acatamiento de las ordenanzas.

—Vuelva a sus habitaciones del piso alto —ordenó Douglas.

Clive Talbot miraba con odio a Rolf Larson, mientras Kelly, recogiendo del suelo la automática cuyo disparo había desviado, seguía lamentando que sus reflejos fueran profesionalmente respetuosos con la Ley.

Rolf Larson entró en el despacho que indicaba Douglas. Había un policía tomando fotografías de un libro. Hoja por hoja.

—Es el diario de Arthur Talbot —explicó Douglas—. Tomaba pocas notas, pero hay dos sumamente interesantes. La primera nota a que me refiero, la leerá Kelly. Vuelva cuando nos vayamos, Ferguson.

Salíó el fotógrafo, y Kelly acabó de ajustarse el guante en la diestra. Fue empujando hojas con el pulgar, y leyó:

«Ayer noche, Rolf Larson me infundió pánico. Comprendí que no fanfarroneaba cuando dijo que si persistía en salir con Melba, me encontrarían acribillado cualquier día».

—Fechado hace dos semanas, Rolf —expuso Douglas—. Y es la letra del joven Talbot. Tu abogado podrá elegir al perito que quiera. Es de puño y letra del difunto Arthur.

Rolf Larson, sentado en el brazal de un sillón, cruzó los brazos.

—La noche a que se refiere Talbot...

—A qué se refería —corrigió, secamente, Kelly.

—Talbot bebía con exceso y aquella noche estaba embriagado. Tuve que intervenir porque quería violentar a Melba. Reconozco que le hice esta advertencia.

Y con vehemencia contenida, añadió:

—No he matado ni he inducido a matar a Talbot, y pondré de mi parte todo lo que sea preciso para demostrarlo.

—Así se habla —aprobó Douglas, desdeñosamente—. Primer punto favorable, Kelly. Nuestro querido Rolf admite que amenazó con acribillar a Talbot si no dejaba en paz a Melba. Hace dos semanas. Y durante estas dos semanas, siguió el joven Talbot saliendo con Melba. Lee la segunda nota de puño y letra del difunto, Kelly.

El sargento había ya empujado con el pulgar enguantado, y apoyándolo sobre la hoja, indicó:

—Fechada de anteayer, Larson. Y dice: «Dos individuos con trazas de asesinos a sueldo, han estado rondándome todo el día. El flaco, de barbilla triangular, me dijo llamarse Johnny Chalmers, y se aseguró que él y Buddy su acompañante, uno pequeño con rostro redondo, estaban ansiosos por cobrar la prima que les había ofrecido Rolf Larson. Y que si seguía pretendiendo casarme con Melba, la cobrarían. Tuve que estarme quieto, porque el llamado Buddy, esgrimía una automática».

Curt Kelly manteniendo el pulgar enguantado sobre la hoja, añadió:

—Puedes verlo con tus ojos bonitos, Larson. No es truco preparado por nosotros. Conocerás la letra de Arthur Talbot, ¿no?

Rolf Larson, acercándose, comprobó leyéndolo, que aquello lo había escrito Arthur Talbot. Dijo:

—Por mi madre, lo juro. Mintió Johnny Chalmers al decir que yo...

—¿Qué pasa, Ferguson? —preguntó Douglas.

—Dos de la agencia Coronel Baxter. Los convocó por teléfono Talbot, al usted indicárselo antes de irse, teniente. Están en la sala.

—Vamos allá, Rolf.

Rolf Larson había perdido todo su aplomo. No hacía falta que mirase a Curt Kelly. Oía el tintineo de las esposas con las que, en su bolsillo, jugueteaba con sádica fruición el sargento Kelly.

En la sala, Patrick Douglas, contempló con evidente agrado a Georgia Baxter sentada. Después echó un vistazo rápido a Kent Farrar.

Curt Kelly se colocó tras el sillón en que se sentó Rolf Larson.

—En líneas generales ya nos explicó Clive Talbot, que su chófer y secretario Derek Rogers, le había recomendado como honorables los servicios de su agencia, señorita Baxter. Y que usted llamó a Kent Farrar para encomendarle una misión. Sea breve, Farrar.

—El señor Talbot me prometió una recompensa si yo lograba apartar a su hijo de Melba Cortez. Fui al departamento de ésta, y estaba tratando de convencerla, cuando apareció Arthur Talbot, que sin previo gesto qué me permitiera prevenirme, me golpeó. Un K. O., rotundo. Fui recobrando el sentido. Habíase ido Talbot, y estaban Butch Regan a mi espalda y Larson delante. Éste me dijo que me apartase si quería disfrutar de buena salud. Por otro conducto, y según me ha dicho hace poco mi amigo Milton, este mediodía en mi despacho, irrumpieron dos tipos para aconsejarme lo mismo. Los dos tipos que han matado a Talbot.

Con la diestra abierta hizo Douglas un gesto como recomendando lentitud.

Curt Kelly tocó en la cabeza a Rolf Larson:

—Responde, hombre. ¿Miente también Farrar? ¿Hay epidemia de conjura y conspiración contra tu virtud, Larson?

Rolf Larson, mordiéndose el pulgar lo soltó, y pareció que el índice disparaba contra el teniente Douglas:

—Admítame inteligencia, Douglas. ¿Iba yo a pagar a un asesino cómo Johnny Chalmers, que me odiaba, para... liquidar a un hombre que me debía un montón de dinero?

—Está hablando el detective de una agencia honorable, Rolf. Siga, Farrar.

Kent Farrar paseó entre los sillones, como un conferenciante. Manos atrás y cabizbajo, como leyendo en la alfombra:

—A las siete y media, al disponerme a subir a mi despacho, me llamó el chófer y secretario de Clive Talbot. Su patrón quería verme, para orientarme. Estaba indignado porque con mi proposición directa a Melba, Arthur se había mostrado más terco aún en su enamoramiento. Subí al coche y aparcamos en Forrest Park, donde al igual que todas las noches, el «Bentley» esperaba

diez minutos a Arthur Talbot. Bajé del coche, y entonces salieron de entre los mirtos, Buddy y Johnny. Por suerte, disparó a tiempo Derek Rogers, o nos hubiesen liquidado. Venían dispuestos a hacerlo. He pensado en ello. No fue porque me confundieran con Arthur, sino que al verme bajar, creyeron que estaban descubiertos, pues acababan de liquidar al joven Talbot. Recogimos a los dos, y Rogers los llevó al Precinto Sexto. No Je acompañé, ya que en su condición de expolicía, Derek Rogers, se bastaba para declarar lo ocurrido, y yo estaba dispuesto a dar mi testimonio tan pronto como fuese requerido. Y resumiendo, está clarísimo: por no querer comprometer a ninguno de sus dos habituales asesinos, Rolf Larson contrató...

Rolf Larson saltó hacia delante, y lo permitió Kelly.

Pero Kent Farrar esperaba su desquite de no haber podido saciar su sed aquel mediodía.

Le complació que su declaración hubiese hecho perder los estribos a Rolf Larson.

Se inclinó alzando una mano y proyectando un directo, antes de encajar el hombro.

Rolf Larson no conectó su puñetazo; se encogió al recibir el directo al hígado y salir volteado al apalancado con el hombro, Farrar.

Lo retuvo el detective con dos manos en torno a la muñeca, y alzando un pie, mantuvo el tacón en el aire, resollando:

—Con gusto te aplastaría la nuez, para que supieras lo que es sentir la garganta seca, Larson. Pero hay testigos de peso. Todo suyo, sargento.

Curt Kelly ya estaba inclinado, pasando un aro de acero por la muñeca de Larson. Atrajo hacia arriba con brusquedad.

—Vamos a mi madriguera, Larson —dijo, más torcida que nunca la boca—. Disfrutaremos de nuestra mutua compañía unas horas antes que llegue tu abogado. Firme por triplicado lo que acaba de exponer, Farrar.

—Esta jugada ha sido torpe, Rolf —opinó, cariñosamente, Douglas—. Me has defraudado. Pensabas pagar con plomo a la pareja, pero se te anticipó Derek Rogers. No empujes tan brutalmente, Kelly. Al menos... ante una señorita.

Y con viril delectación, añadió Douglas, apenas hubo

abandonado el salón a empujones el esposado Larson:

—Hay misterios que nunca podré solucionar. Y uno es éste, señorita Baxter: ¿Cómo es que sigue soltera siendo un monumento de mujer? Mande el triplicado antes que madrugue el abogado, Farrar. Buenas noches.

Les acompaño hasta el jardín.

Condujo Farrar el dos plazas en, silencio, hasta que lo detuvo en el extremo norte del extenso parque Fórrere.

Y esquinándose acodado al volante, apoyó el mentón en el hueco de la diestra para decir con embeleso:

—Un misterio que hemos de aclarar juntos, Georgia, monumento de mujer. Somos solteros. ¿Crees en el flechazo?

Pestañeando, susurró ella:

—El flechazo sólo se presenta entre dos personas que se ven por vez primera.

—Es que así sola te había soñado, Georgia. Y tan femenina que comprendo que mi enojo al oírte hablar como un barrendero, era puro amor acumulado a flechas constantes. La agencia llevada por mí, sería un éxito. Lo preferiría a tripular lanchas con Britt. Decide pronto, Georgia... Mañana pensaba abandonar tu agencia, para unir mi soltería con la de Britt, y refrescarnos en los Rivers...

Georgia Baxter sólo respingó cuando en su oído, en vez de las apasionadas palabras que hasta entonces fluían de labios de su preferido detective, dijo éste:

—Y nuestra agencia se va a calzar el gran éxito, cuando demuestre yo que no ha sido Rolf Larson el que alquiló los dos asesinos a sueldo. Ni fueron éstos los que mataron a Arthur Talbot. No hables, amor mío... Déjame gustar de nuevo el anticipo de las mieles de nuestra perfecta unión. Mando yo, tu esclavo. Mando yo...

Georgia Baxter, dilatados los ojos por la primera sorpresa, pestañeó sumisamente. Como mujer se rendía la dueña de la agencia, ya con un solo mando.

CAPÍTULO VIII

Mostrando a Melba los dos mil dólares, epilogó Milton:

—Es evidente que lo que yo tomé por magnífica recompensa de una millonaria enamorada, ha sido un engatusamiento, que puede costarme caro, si el sargento Kelly llega a saber que fui yo el que entregó a Neil Harian a manos de quienes necesitaban tenerlo inmóvil. Ha estado bien urdido. Ya que Harian abandonaba la cárcel, pensaron que en el tren era imposible cogerlo, y menos en el trayecto desde la cárcel a la estación. Yo fui un instrumento, pero ¿de quién? Dice Kent que tú le insinuaste que indagase acerca de Harian y de Betty Arlen.

—Betty Arlen modificó su nombre al divorciarse de Neil Harian, cuando éste ingresó en la cárcel para cumplir condena. Eran primos hermanos. Yo sólo sé lo que estuve oyendo una noche, en el piso de Rolf, mientras éste, Arthur y otros dos jugadores estaban en plena partida. Fui al tocador, y sin proponérmelo oí lo que hablaban Butch Regan y Stan Foster. Decía Butch que estaba a punto de abandonar New Jersey el hombre que traía preocupado a Rolf. Y que era seguro que Neil Harian haría su primera visita de liberto a la exesposa, Betty, que había mudado su apellido de prima hermana de Neil, por él de Arlen. Que por lo tanto, bastaba consultar los archivos periódísticos para encontrar la pista de Betty Arlen. Esto es cuanto sé.

Britt Milton denegó con la cabeza, fruncido el ceño:

—No fueron ellos los que me emplearon de tirador, porque saben manejar armas. Tiene razón Kent. Hemos de encontrar a Betty Arlen. ¿No lo adivinas? Ella sabía que su exmarido vendría a verla. Sabía también que Neil Harian tenía algún secreto que le interesaba a Larson. Y entonces ingenió el medio de poner en sitio seguro a Harian, evitándole que lo pescaran los de Larson, apenas se acercase al domicilio de ella. Y con dos cómplices, los de la

ambulancia, lo evitaron. Por eso, encarecía ella tanto que no hiriera gravemente a Harian.

—¿Qué piensas hacer?

—A las once he de reunirme con Kent en el Diamond's Horse, y si no está, ir a su despacho. Le repetiré lo que hablaron Regan y Foster.

En pie, expuso ella:

—Sería preferible que lo contaras todo a la policía.

—Luego —sonrió Milton—. Cuando demuestre que son cosas de Kent Farrar, un detective privado, y no de un tirador hambriento por agarrar dos mil dólares.

A las once en punto, en el primer bar del vestíbulo del club cuya pancarta era un caballo rutilante de pedrerías romboidales, Britt Milton buscó a su amigo.

Un botones llamó:

—¡Señor Milton, Britt! ¡Señor Milton, Britt!

—Yo.

—Han telefoneado para que a partir de las once le llamase, señor Milton. De parte del señor Farrar. Kent. Que vaya tan pronto pueda a esta dirección. La he apuntado con exactitud.

—Gracias —dijo Milton, recogiendo la cartulina y entregando un dólar.

Salió y tomó un taxi.

La dirección era la de una callejuela portuaria entre las dársenas de Jamaica Bay. El establecimiento, un teatro de variedades apto para marinería en escala.

En el nudoso ambiente, a humareda del tabaco y el olor a alcohol, luchaban para ahuyentar el perfume barato de las veteranas artistas.

Desde un palco, Kent Farrar agitó los brazos y, orientado, Britt Milton acudió, para descorchar y beber al gollete, uno de los seis frascos de naranjada helándose en la cubeta sobre la mesa.

—Vamos a resolver primero tu asunto, Britt. ¿Qué has sacado en limpio?

—Me caso con Melba —declaró, risueño, Milton.

Kent Farrar se pasó un trocito de hielo por la nuca.

—Espléndida noticia, compañero. Tendrás así quien te visite en

Sing-Sing.

A menos que sepas ya quién te contrató para soltarle el plomo al pichón.

—Betty Arlen.

—¿Y dónde sacaste esta seguridad?

—Deducciones, ya que ella sabría que los de Larson estaban interesados en hacerse con Harian antes de que llegase a casa de ella.

Kent Farrar mostró con amplio gesto el escenario, las mesas, los palcos.

—En este selecto local, ¿qué mujer puede ganar lo suficiente para viajar en una limousine «Bentley», y repartir miles de dólares? Escucha, compadre, yo he trabajado de firme cerebralmente, desde este mediodía. Por de pronto, el próximo número es Betty Arlen.

Por una esquina del escenario una mano mostró una pizarra. En ella, a yeso estaba inscrito:

«C
AN-CAN
- BETT LOVE»

Los acordeones, violín y piano atacaron los compases del french-can-can. La mujer que apareció en el escenario, encubría estragos bajo el maquillaje. Su boca era ajada y de finísimos labios.

Levantaba las piernas con torpeza.

Britt Milton murmuró:

—Es penoso.

—Perdí una hora recogiendo hilos hasta dar con el ovillo. La historia de siempre. Una corista bonita cuando se casó con Neil Harian. Después la caída por escalones rituales: cansancio de vivir, alcohol... La dueña de este antro, le paga por compasión, para que baile un número. Betty Arlen ya no inspira ni a un ciego. Termina esta penosa exhibición, recoge un frasco, emparedados, medio dólar, y regresa a su pocilga. Reside en una de las cabañas de Canarsie Beach. Está embrutecida, pero desde esta madrugada, ha recobrado ilusiones. Ella misma lo ha contado a la dueña, que a su vez me tomó por uno de los dos que rondan su pocilga desde esta madrugada, y que están en la sala. Los toma por enamorados

tímidos.

Britt Milton bebió otro sorbo de naranjada, antes de manifestar:

—Entonces, ¿quién diablos es Zsa?

—Vayamos por orden. Tienes licencia para empleo de «Savage» calibre nueve.

—Pero la tengo en la cabina de Coney.

Kent Farrar, bajo la mesa, le tendió su «Savage». La recogió Milton.

—Vamos a operar, Britt. O sea que cautela, paso corto y ojo avizor, porque voy a jugarle el bigote. Hemos de llegar hasta la Zsa que estaba en una limousine «Bentley». No es Betty Arlen. La vigilan dos para esperar el momento que se acerque Harian. Yo ahora seguiré a Betty. Infalible que los dos tímidos enamorados nos seguirán. Tu misión es no fallar. No intervenir a destiempo. Sólo cuando sea necesario.

Betty Arlen volvió de nuevo la cabeza. Muy halagada, porque entre la neblina que envolvía el terreno de escombros y las cabañas de Canarsie Beach, se divisaba la silueta de un seguidor.

Abrió la puerta de entrada a las dos habitaciones de que se componía la cabaña, en su mayor parte remendada exteriormente con hojalata. Y trató de recordar los tiempos en que era atractiva, para invitar:

—Adelante, joven. Betty no es huraña con los que saben ser galantes.

Kent Farrar, entrando, se aproximó a la mesa, cuyo hule era como el resto del mobiliario. Sucio.

—Buenas noches, Betty. Tenemos que ponernos de acuerdo pronto.

—Seguro, seguro. ¿Un traguito, pelirrojo?

Denegó Farrar, sentándose en la esquina de la mesa. Ella paladeó un medio vaso de *whisky*.

—¿No sabes qué fecha es hoy, Betty?

—Los días se suceden, y no quiero calendarios. ¿Cómo te llamas?

—Kent. ¿No te acuerdas de Neil Harian?

Betty Arlen volvió a mirar el frasco. Kent Farrar había oído el deslizamiento de unos pies al exterior. A cada lado del umbral entreabierto.

Ella apuró otra ración. Y dijo rabiosamente:

—Neil es un canalla. Dejé de visitarlo cuando quiso hacerme creer que no tenía bien escondido su petate. Porque pudo engañar a todo el mundo, pero a mí, no. Yo sé que en una de sus faenas, la referente al oro que un joyero se dejó en la caja de un hotel, Neil intervino y escondió todo el botín. ¿Quieres creer que nunca quiso decirme dónde lo escondió?

—Parece mentira, mujer —dijo Farrar, disponiéndose a lo que se avecinaba.

Betty Arlen quiso ser insinuante en su escorzo al aproximarse:

—No habrás venido para hablarme de Neil.

—Esta madrugada salió de entre rejas.

—Por mí que se muera. Eres de un guapo subido, Kent.

Kent Farrar retuvo por las muñecas a Betty Arlen, diciendo audiblemente:

—Me envía Neil...

Eran técnicos los dos que entraron.

Uno empujó entre los riñones del que estaba de espaldas a la puerta. Empleando una automática.

El otro empujó con ambas manos, por la garganta y la parte inferior del rostro a Betty Arlen.

Con los codos en alto, se tocó Farrar las orejas con las puntas de los dedos.

A su espalda, el que empuñaba la automática, aconsejó:

—Saldrás ganando mucho, si te quedas tranquilo.

Betty Arlen no quería quedarse tranquila. El que vestía de azul, como un marinero, demostró que sabía emplear sábanas, y reducir a la inmovilidad a una mujer.

Cuando Betty Arlen quedó amordazada y atada de tobillos y muñecas en las esquinas del camastro, rezongó el marinero:

—Te has salvado, Betty, ya que tampoco a ti quiso decirte Neil dónde escondió el oro de Upperman.

Se volvió haciendo girar entre sus manos una colcha llena de manchas. Tenía una mirada aviesa.

Tras Farrar avisó el otro asaltante:

—Siéntate con precaución, Kent, guapo, pelirrojo mío. Así me gusta.

Consintió Farrar que el hasta entonces invisible le atrajera por

los codos.

Y el de enfrente, rodeó con facilidad las piernas de Farrar, apretando la retorcida colcha, que había rasgado por la mitad.

Anudó con la misma solidez los codos tras la silla, empleando el resto de la colcha.

Y Kent Farrar pensó que nunca había fallado Britt Milton, en peores circunstancias.

Miró al que, yendo a sentarse sobre la mesa, enfundó la automática bajo la solapa de su sahariana de dril azul. También por el aspecto parecía un marinero.

Era menos corpulento que el técnico en ataduras, pero mayor en edad y maligna expresión.

—La cosa es sencilla, Kent Farrar. Ella no sabe dónde está Harian, porque ni siquiera sabe en qué día estamos. Bastará con que nos digas dónde se esconde Harian, y nos vamos. Eres fuerte, y no tardarás más de una hora en soltarte los nudos.

—Yo a ti te conozco, pero no recuerdo ahora...

Se interrumpió Farrar porque el que estaba a su espalda, acababa de aplicarle un puñetazo de aviso entre cuello y hombro.

—Creo que calentándole la planta de los pies, moverá la lengua —dijo el más maduro—. Una pequeña fogata bajo tus pies...

Kent Farrar oyó el chasquido del encendedor a sus espaldas. Dijo apresuradamente:

—Renuncio a ser mártir. Harian vino a mi despacho, y allí le he dado refugio. Me dijo que podía ganarme unos miles, si conseguía que Betty se reuniera con él, y juntos iríamos por los lingotes. Dadme una parte...

—Yo me quedo contigo, como prueba de alianza —sonrió sólo con los labios el marinero frente a él—. Tan pronto Dennis compruebe que Harian está en la dirección que vas a darnos...

—Calle Dyker, 78, galería primera, despacho 7 Y.

El llavero está en mi bolsillo.

Dennis dejó de girar la ruedecilla de su encendedor, para coger el llavero indicado.

Señaló el otro la puerta:

—Dile a Harian que ella te manda, por si puedes traerlo aquí. Si no, amárralo bien, y regresa. Harian hablará si ve que las delicadas

plantas de su amada, pueden oler a verraca quemada.

Kent Farrar cerró los ojos, contando mentalmente los segundos que el excombatiente apostado a la escucha, tardaría en verificar la maniobra pertinente.

Reducir al silencio e inmovilidad al llamado Dermis.

El otro marinero cogió el frasco de *whisky*, sorbiendo al gollete. En el camastro, Betty Arlen trató de manifestar su protesta, removiéndose.

Sólo consiguió suscitar la hilaridad del que, dejando el frasco sobre la mesa, aconsejó:

—Deja los meneos para cuando hagas el ridículo pateando el tablado, viejita.

Kent Farrar experimentó un repentino deseo de convertir al futuro torturador en conocedor de ciertas costumbres vietnamitas.

Le vio llevarse rápidamente la mano al sobaco y también percibió el pavonado del cañón.

Kent Farrar respiró al oír el estampido, y ver cómo, encogiendo la mano, el marinero parecía demostrar que su automática quemaba.

Britt Milton continuó avanzando, esquivó un puntapié y aplicó la culata de la «Savage» aún humeante en el centro del rostro del que se cogía con fuerza la taladrada diestra.

Repitió Milton el culatazo en sitio distinto. La mandíbula crujió, mientras se desplomaba el marinero.

—Contengamos nuestra galantería, compadre. Yo primero. Y después estos dos.

Empezó Milton a desatar, y añadió Farrar:

—Mañana le dirán a la pobre Betty que tuvo una pesadilla.

—Ya tienes manos para atenderte las piernas, Kent. Traigo al otro.

El otro, entró arrastrado por los tobillos.

Sangraba por la nariz y boca. Manifestó Milton:

—Tenía que evitar que berrease y este otro se escamara. ¿Cómo los preparamos?

—Para la parrilla, ya que les gusta. Y si lo aguantan como hombres les enseñaremos algunos trucos orientales. Astillitas, cortecitos de párpados, y lo que sea más eficaz.

Ayudando a Milton en atar codo a codo a los dos marineros,

añadió:

—Paciencia, Betty. Te pondrías a chillar, y por ahora, sólo conviene que griten un poco estos dos.

La mesa servía de respaldo para los dos que iban recobrándose, hombro contra hombro, sacando el pecho, atraídos a cada pata de la mesa por un brazo y unidos por los codos.

Examinó Farrar lo que había recogido, y leyó en un carnet:

—Permiso de conducir a nombre de Lorentz Dennis. Treinta años, soltero, nativo del Canadá, residenciado en... ¡Magnífico! Veamos el otro. La misma residencia que Dennis, tiene el verdugo Barney Carruthers, nativo de Brooklyn, viudo, treinta y nueve años. Por si acaso, monta la guardia al exterior, Britt.

Britt Milton salió afuera. Bajo la estrellada noche veraniega, pensó en Melba Parker Cortez, sin por ello abandonar el cumplimiento de la consigna dada por el que llevaba el mando en aquella operación.

Kent Farrar demostró paciencia. Hacía ya rato que podían hablar, aunque fuera tartajosamente, aquellos dos rostros magullados.

Pero los minutos pasaban.

Recogió del suelo el encendedor, y haciendo chasquear la rueda, comentó:

—Sois anticuados. Y poco higiénicos. Asar los pies exige sacar los zapatos, calcetines... Una porquería, vamos. Empezaré contigo, Barney. Tienes unas pestañas preciosas.

Al ver que la llama del mechero se aproximaba a sus ojos, Barney Carruthers adelantó bruscamente la boca abierta. Cerró los dientes en el vacío, y el mordisco en el aire repercutió dolorosamente en su cabeza.

Quiso gritar porque la llama había prendido en sus cabellos.

Kent Farrar apagó el grito y el incipiente fuego, con dos manotazos. El encendedor chocó contra los dientes de Carruthers.

Retrocedió Farrar.

—La cobardía no va a ser patrimonio vuestro exclusivo. ¿Qué tal estás de refranes, Dermis? Recuerda aquel de cuando veas la pelambre de tu vecino quemar... Fijaos bien que a tercetos, de los tres, gano yo. Sólo quiero que me deis la ficha del que os pagó por tratar de achicharrar a Neil y Betty. Son procedimientos asquerosos.

Lorentz Dermis pareció un boxeador esquivando con la cabeza en un reducido rincón del *ring*. Aulló al olerse la chamusquina en el propio bigote.

Fuera, Britt Milton confiaba en los métodos persuasivos de su amigo, para ir desbrozando la maleza hasta poder llegar a esclarecer la misteriosa personalidad de Zsa, y los dos camilleros de la ambulancia. Que no podían ser Betty, ni los dos marineros, que allá dentro emitían rugidos y alaridos poco melodiosos.

Kent Farrar apareció, asegurando:

—Interrogados hábilmente, han consentido en aclarar lo que interesaba saber. Vamos en busca del «Chevrolet» de Georgia, que esta noche es todo mío. Lo dejé cerca del tugurio.

Britt Milton señaló hacia la cabaña.

—¿Betty?

—Tranquila. Meciendo el biberón y un billete que le dejé como consuelo. Pueden los tres pasar la noche así. Ninguno se moverá, y nos ganaremos la tolerancia del sargento Kelly, que nos conviene. Él pasará a recogerlos a los dos, en el momento que le indiquemos. Resulta que son del personal de Rolf Larson, bajo las órdenes directas de Empanada vulgarmente llamado Stan Foster, que los espera en su nido, tan pronto tengan noticias. Las tenemos.

Renunció Milton a hacer preguntas. Él era el guardaespaldas, y Kent el cerebro-radar.

CAPÍTULO IX

—Pero ¿no íbamos a ver qué decía Stan Foster? —quiso saber Milton, al sentarse en el confortable despacho principal de la Agencia Baxter.

Marcando números en el teléfono, contestó Farrar:

—Llevamos en sándwich las dos gestiones: encontrar a Harian, y hundir en el infierno a Larson y su pandilla.

Se aplicó el auricular y pidió:

—Urgente comunicación con el sargento Kelly. Referente asunto Rolf Larson, que tiene entre manos.

Tapó la boquilla, y expuso:

—Kelly se ha hecho cargo de Larson; culpándole de algo que no ha cometido, y me tiene cariño, porque apabullé a Larson con mi testimonio. Es preciso que aprovechemos la marea a favor.

Apretó la mano, inquiriendo:

—... ¿Sargento Kelly?

—... Escuchando. Y tengo entre manos el asunto Larson, sí.

—... Soy Farrar. Copropietario de la Agencia Baxter, desde esta misma noche. Sigo una pista importante relativa a Neil Harian, desaparecido desde esta madrugada a las siete. En la desaparición hemos intervenido juntamente Britt Milton y yo, para poder acumular pruebas contra Larson y su pandilla. Deme de tiempo hasta la madrugada, para acabar de reunir unos cuantos golpes de mazo que acaben con Larson. Dos individuos llamados Barney Carruthers y Lorentz Dennis, pertenecientes al personal que en el Floating Boat, tiene Larson en el muelle Jamaica, tenían por misión ordenada por Stan Foster, quemarle las plantas de los pies a Neil Harian, tan pronto éste visitase a Betty Arlen.

—... Tomo buena nota, Farrar. Tomo buena nota de que usted y su amigo Milton, tercer novio de Melba, están jugando una partida de bolos con hacha de doble filo. Si parten el bolo, me horripilará

incrustarles en el meollo que la policía oficial es la que cobra para estos trabajos. Pero teniendo en cuenta su testimonio, consiento en darle moratoria hasta que el alba ponga rosas en mi ventana.

—... Gracias, generoso. Encontrará a Dennis y Carruthers en la cabaña de Betty, en Canarsie Beach, sin número. Información, la patrona del Indian Jokes. Ambos marineros de pega, están maduros para confidencias. Se pelearon entre sí para ver quién hablaba antes. Son del tipo verdugo, de los que emplean encendedor para asar pestañas y demás zonas capilares. Les pagó Foster, pero tengo la convicción de que hay algo más que Larson desea no diga a nadie Neil Harian.

—... Tráigame a Harian inmediatamente.

—... Tengo moratoria hasta las rosas del alba, sargento.

Ahorquillando, señaló Farrar el teléfono.

—Quiere que le llevemos a Harian.

Britt Milton asintió, esperando que el cerebro actuase.

Kent Farrar entornó los párpados, y empezó a rodar los pulgares sobre su estómago.

—Premisa A: alguien sabía que eras un tirador excelente, un chico de toda confianza, y repleto de confianza en la humanidad. Premisa B: este alguien pagó dos mil, pero en dos plazos, respectivamente a las dos y siete de la madrugada, con la seguridad de que tú no tendrías ni tiempo ni intención de comprobar la legitimidad de tus billetes.

Britt Milton sacó con rapidez el sobre en que guardaba los cuarenta billetes.

Kent Farrar hizo rodar uno de los seis archivos giratorios superpuestos en columna a un lado de la silla.

—Lista nominal y numeral de falsificaciones en cuadros, piedras preciosas billetes, etcétera. Georgia heredó la capacidad de organización y meticulosidad del coronel. Léeme la serie de cualquiera de tus billetes.

Con voz tremante de furia contenida, leyó Milton:

—Serie JR-

7 689 512.

—Decimos, pues que... serie JR... 76...

—89-51-2, ¡maldita sea!

Detuvo Farrar la rotación y sacó la ficha, leyendo:

—Billetes de 50, serie JR-

7 689 491

al JR-

7 689 530.

Falsificación caso Edmund Mac Ferlane, que los entregó como obsequio al coronel Baxter, permitiendo la captura portorriqueños caso Rivera. Premisa C: alguien conocedor de tu carácter, que con frecuencia he alabado entre estos muros, y teniendo acceso al armario de curiosidades y obsequios de la agencia, es tu Zsa-Zsa.

Britt Milton balbució incoherentemente antes de exclamar con claridad:

—¡Georgia Baxter!

Kent Farrar elevó los hombros:

—Tiene los labios carnosos, en efecto. Lo certifico. No nos extraviemos. Pasemos al fichero alfabético de la clientela. Para comprobar por qué Georgia tuvo tanto interés en disponer de Neil Harian.

Contuvo el rodamiento en tambor de la letra U. Y fue deletreando:

—

UD - UL

-

UN - UR...

No está inscrito ningún Upperman. Supuse, que Arnold Upperman, el de los lingotes, había encomendado a la agencia indagar apenas saliera Harian... ¡HAR!

En giro hacia atrás, el fichero expulsó la cartulina marcada HAR.

Leyó Farrar con fruición:

—«HARLAN NEIL. Ofrecerle quince por ciento de la prima aseguradora lingotes oro Upperman». Vamos bien encaminados, Britt. Estoy sentado en el trono de Georgia. Ya he encontrado al hombre que colocará a Harian en situación de ser convencido, antes que lo atrapen los de Larson. Te he encontrado a ti, que nunca pensarás en Georgia. Me faltan dos hombres, para camuflar una furgoneta de ambulancia, y revestir bata blanca. Veamos el fichero de personal, en el día de la fecha. Georgia anota cuidadosamente los servicios y pagos.

Hizo girar otro fichero, encontrando sus nombres con referencia al caso Clive-Arthur Talbot.

—No hay ninguna mención de dos pagos. Los camilleros...

—Lógicamente no iba a anotarlos, cuando empezó enmascarándose para contarme una historia y pasarme la moneda falsa. ¡Un momento, tú, un momento!

Kent Farrar asintió con interrogante arqueado de cejas.

—Estás despistado, Kent. No tenía por qué emplear tu patrona máscara, ni recurrir a melodrama alguno, para que Harian viniese aquí. Le bastaba con enviar a dos tipos decididos, ya que la ley no le hubiese recriminado que intentase sonsacar dónde esconde Harian los lingotes, para cobrar la prima del seguro.

—Estoy en ello, y por esto anoté esta dirección, que pertenece a la nueva secretaria de Georgia. Una rubia estupenda que ingresó hace unas semanas, ofreciéndose a cobrar lo que Georgia quisiera. A prueba, dijo Glenda Martyn. Y claro, Georgia que es más agarrada que una barandilla, saltó encima del mirlo blanco. Y echa un vistazo a la ficha correspondiente a Harian. Mira la línea escrita a máquina.

Leyó Milton:

—Fecha de salida, 16 agosto. Que es mañana...

—Anotación echa por Glenda, la secretaria. Atrasando en un día la fecha real, porque le convenía. Después hubiese dicho que le indujo a error alguien. Un pequeño error, sin importancia. Ya tienes a tu Zsa.

—¿Dirección? —inquirió Milton poniéndose en pie.

—Cypress Road,

51 509.

Una hilera de casitas simpáticas...

—¿Simpáticas, eh? —rezongó Milton, colocando sobre la mesa la «Savage» perteneciente a Farrar, y recogiendo los billetes.

—Te respaldaré, no porque crea en posibles granizadas de plomo, sino para echarte una mano si está por allá Harian, o la rubia Glenda tiene más miga de la que te imaginas.

En el «Chevrolet» manifestó Milton:

—Si voy solo, quizá ella intente engatusarme de nuevo. Convendrá que estés a la escucha.

—Descuida, compadre. Hoy es mi día, y la medianoche se

presenta propicia.

—Falta saber lo que ha hecho ella con Harian, sin olvidar que tenía a dos tipos como ayudantes para la ambulancia. Y para sonsacar a un mudo como Harian...

—Rondan más chacales de los que nos pensábamos. Pero nosotros estamos de parte de la Ley. Sólo queremos compartir la prima del seguro ofrecida para hallar los magotes. Te sugiero que finjas querer llegar a un acuerdo con Glenda.

La casa número

51 509

de Cypress Road, tenía como horizonte al fondo, la zona de cementerios de Queens: cipreses y sauces sobresalían de las blancas tapias.

Pero Cypress Road alineaba en aquel trecho final, chalets de madera en diversos estilos, todos rodeados de jardines y setos.

A pie, fue rozando Milton los setos entre los que brillaban los barrotes de las verjas a lo largo de la acera.

Un barrio residencial, tranquilo, casi fúnebre por la cercanía de los camposantos de Nueva York, allí aglomerados.

El domicilio de Glenda Martyn tenía el techo picudo de pronunciados aleros, y la veranda en la planta baja, se iluminaba oblicuamente con la luz que enmarcaba una cristalera abierta.

Casi en el vértice de los dos aleros, una pequeña ventana transparentaba por su cortina clara, una débil luz oscilante.

Britt Milton encontró el sitio oportuno para entrar, allá donde la verja y el seto se difuminaban en penumbra. Saltó cuando no había ningún coche en tránsito.

La gravilla crujía suavemente, y para no prolongar el eco que podía alertar a los moradores, una de cuyas siluetas había entrevisto Milton tras la pequeña cortina del desván, corrió hacia la veranda, en rápida carrerilla sobre la punta de los pies.

Esperó junto al ventanal abierto. Y lo que vio era hogareño, plácidamente delicioso.

Una muchacha de cabello castaño recogido con lazo, leía un libro, bajo la luz de una pantalla. Sola en el cuarto de estar, Glenda Martyn era una trasnochadora casera.

Vestía una blusa a rayas negras y blancas, una falda gris, y balanceaba una de sus cruzadas piernas oscilando la chinela de

pompón rojo sobre raso negro.

Había en ella algo que no era casero ni hogareño. Colgaba de la comisura de sus labios, un cigarrillo, y aparte el guiño que le producía a la lectora, complementaba el aspecto equívoco de Glenda Martyn, el frasco de *whisky* y la copa en la mesita a su lado.

Mantuvo ella un dedo entre las páginas del libro cerrado, se escanció licor, y aplastó el cigarrillo en un cenicero donde se amontonaban las colillas.

Las facciones eran lindas, y el cuerpo modelado adecuadamente.

—¿Estorbo? —preguntó Milton, entrando.

Tuvo que saltar con apresuramiento recorriendo en dos zancadas el espacio que le separaba de Glenda Martyn.

Porque las facciones lindas se contrajeron furiosas, y el cuerpo se curvó en escorzo violento.

Pero la mano que ella deslizaba tras el montón de libros en la mesita, se retiró como atacada de calambre.

—Perdón —silabeó Milton.

Se frotó ella el codo dolorido por el golpe dado con el canto de la diestra masculina, mientras miraba fijamente a Milton, que recogiendo el diminuto revólver, manifestó:

—Pequeño calibre, pero a menos de seis pasos, mata.

—¿Quién es usted? ¿Qué se propone?

No era una mujercita asustadiza. Tenía acento británico.

Britt Milton hizo jugar el tambor, expulsando las seis capsulitas.

Tiró el revólver vacío al diván, y señaló los libros.

—Lectura apasionante, ¿verdad?

Las cubiertas presentaban sobre negro en letras amarillas, títulos que revelaban el contenido. Cogió varias novelas en abanico y leyó los títulos:

—*Las noches aúllan... Tráeme el ataúd, nena... Un trago para el verdugo... Sopla, pólvora...*

Encendió ella un cigarrillo, cruzó de nuevo las piernas, y dijo burlona:

—Se equivocó de puerta, amigo mío, y le perdono el susto que me dio al aparecer de pronto. Váyase y olvidaré su intrusión.

Sonrió Milton, complacido. La noche anterior ella había sido la gata jugando con el ratón. Cambiaban las tornas.

Tiró las novelas y opinó:

—Faltan unos títulos estupendos.

—No es hora ni sitio para discutir sobre novelas, amigo. Estoy sola, pero no abuse de mi paciencia.

—No está sola —rebatíó Milton, señalando el frasco y la copa. Después apuntó hacia el revólver descargado y las cápsulas sobre la alfombra.

—Ya está bien, señor. Váyase, o llamo a la policía.

—Llame, y les hablaremos de dos novelas sin editar. Tituladas Zsa-Zsa

paga con chatarra, y Una bala a las siete para Reginald.

Glenda Martyn siguió sin desconcertarse. Sonrió como divertida.

—Lleva bien el exceso de bebida, muchacho. No le conozco. ¿Es vecino o iba a visitar a alguna solitaria Eva?

—Me llamo Britt Milton, somos vecinos ahora, y hace tiempo intenté ser detective, pero no daba una en el clavo.

—Sigue igual —sonrió ella.

Sus ojeadas eran teatralmente insinuantes. Las ojeadas de Milton iban con frecuencia a los peldaños que ascendían hacia el desván.

Se sentó frente a ella, atrayendo un taburete tapizado en ocre y oro. Realmente, se comprendía que Georgia Baxter hubiese contratado a aquella mujer para los casos de divorcio.

Tenía las suficientes dotes visibles para trastornar.

—¿Es que piensa que le voy a soportar más tiempo, Britt?

—Anoche soporté yo la historieta más románticamente moderna que sólo un cretino como yo podía tragarse. Y su maquillaje a lo Zsa-Zsa

era perfecto, demasiado perfecto.

—Me llamo Glenda Martyn, y comete usted otro error. Tiene chispas en los ojos, y no comprende que busca a otra, no a mí. Le acompañaré hasta la acera.

Descruzó ella las piernas, fingiendo que se levantaba.

Volvió a sentarse, al adelantar Milton una mano.

Hizo revolotear su falda como arreglándola.

Britt Milton cogió con las pinzas un pedazo de hielo de la cubeta y lo masticó.

—He venido con la euforia de un potrillo que vuelve a encontrar el pasto, Glenda. Deja ya de disimular que no sabe quién soy. Premisa A: tenía que ser una mujer que supiera que además de

disparar acertado, yo era un cándido. Premisa B: sólo una mujer tenía acceso a la chatarra que es guardada en un armario de la agencia Baxter. Premisa C: esta mujer sabía que al ver yo que los billetes eran chatarra, me callaría porque nadie daría crédito a mi historieta. Usted es A B C.

—Prosiga, que es más atrayente que una novela de ésas.

—Neil Harian ha desaparecido desde las siete de la madrugada. Vi su foto en los periódicos, y visité a Betty. Empecé a sacar premisas, y aquí estoy. ¿Llamamos a la policía?

Glenda Martyn se inclinó, abrazándose las rodillas. Volvió a guiñar, a causa del humo.

—Puedo cambiarle los billetes falsos, Britt. No pensé que...

Britt Milton alzó lentamente las manos poniéndose en pie.

La voz conminatoria tenía matices de aplomada autoridad:

—Visibles las manos, Britt, si no quieres jaleo.

No había bajado por las escaleras del desván aquel individuo que veía Milton reflejado a sus espaldas por un espejo.

En mangas de camisa, de poca estatura, pero macizo, empuñaba una «Luger». Y por la escalera crujieron los pasos descendentes hasta que apareció un hombre calvo, también en mangas de camisa. Cogía su «Webley» por el cañón. Avanzó lentamente.

—Quietos —intervino Glenda—. No es preciso violencias. Este hombre bastará que permanezca atado, hasta que... ¡Harris!

El llamado Harris alzó su «Webley» en finta para que el poseedor de la «Luger» a espaldas de Milton, pegase el culatazo en el sitio apropiado. Y Glenda retrocedió, sacudiéndose por instinto femenino la falda contra la que, la mesita volcada vertía novelas, colillas y *whisky*.

Milton había adivinado la finta porque era demasiado evidente la supuesta intención de Harris. Empleó el salto de la rana del centinela sorprendido.

Sus piernas hicieron la tijera hacia atrás mientras sus brazos se entrecruzaron rápidos hacia delante. Harris cerró los ojos forzosamente, pero atrás esquivó Romney.

Alzaba de nuevo la culata para asestar el golpe sobre el que derribaba a Harris, cuando cambió de trayectoria, al oír la exclamación extraña:

—¡Recio, Britt, la Cuarta ataca!

Por unos instantes, Glenda buscó tan sólo por dónde escapar. Una confusa mezcla de brazos, piernas y jadeos, se movía en varias direcciones, obstaculizando su fuga nacía el desván.

Cuatro excombatientes, entrenados en comando, estaban pugnando por no quedar debajo. La cabeza cíe Harris chocó huecamente por varias veces contra una madera.

También Farrar cabalgaba a Romney, con el mismo estilo. Apretando las rodillas sobre la unión de antebrazo y bíceps, asiendo como riendas cuello y una oreja.

El término fue también idéntico.

Las rodillas en saltos consecutivos aterrizaban sobre el estómago mientras los puños chocaban a cada lado de la cara.

En pie, dijo Milton:

—La Cuarta llegó a tiempo. El mío se llama Harris.

—Y éste, Romney. Los dos son británicos. Se enrolaron como voluntarios en el Vietnam. Inscritos en la Agencia, pero rayados en sus fichas, por falta de escrúpulos. Gentuza.

Milton atenazó por los codos a la que se inclinaba para recoger cautelosamente la «Luger» abandonada por Romney.

Se enderezó Glenda atraída hacia atrás. En su oído susurró Milton:

—Nada de violencias, Dalila. Bastará que permanezcas atada hasta que terminemos la exploración.

Se ocupaba Farrar de unir por los codos y con el otro brazo atrás a los dos excomponentes del personal a comisión de la Agencia Baxter. Extrañado preguntó:

—¿Dalila? ¿No se llama Glenda?

—Pertenece a una secta. Luego te explico. Ahora explícame tú.

—Está claro. La secretaria inspeccionó el fichero. Vio a dos británicos, tachados por pintas, y pensó que eran los ideales para camilleros. Seguro que no les diría de quién se trataba, ni podía pedirles que disparasen contra Reginald, porque ellos hubieran hecho indagaciones. Esta chica, en el fondo, es una ingenua.

—¿Sí? ¿Esta Dalila una ingenua?

La mantenía pasando su brazo rígido por el hueco de los codos y tras la espalda femenina.

Descargó Farrar las dos automáticas y expuso:

—Sigue ella con vida lo cual demuestra que no le han sonsacado

nada a Neil Harian, que está arriba. Si estos dos pájaros supieran dónde están los lingotes, habrían eliminado a la chica. Jugaste con fuego, Glenda.

—Suéltame —exigió ella en voz baja.

—Suéltala, Britt, que ya tienes novia seria, caramba.

Libre ya de moverse, Glenda recogió del suelo el frasco de *whisky*. Comentó Milton:

—Terminará como Betty esta Dalila...

—¡Caray con Dalila! —protestó Farrar—. Explícate, chico.

—Según un psiquiatra alemán, todo el género femenino se divide en dos categorías. La clase eminentemente feminoide y maternal digna de todos los respetos y la temible secta de las Dalilas.

—¿Eh? ¿Qué secta es ésta?

—Es un simbolismo psicoanalítico; ignorante. Puesto que el pelo, vello y demás capilaridades, son símbolo de virilidad, y ya sabemos lo que le ocurrió a Sansón cuando Dalila lo rapó. La otra clase de Eva, la destructora, la clase que aniquila lo bueno en el hombre, que lo explota y lo entontece, ésta es la secta de las Dalila.

—Ah, ya, comprendido. Y esta chica es algo Dalila. Abusaste de la confianza de Georgia y de la credulidad de Britt. Esto es feo, Glenda.

No se opuso ella a que otra cortina enlazase sus codos y rodillas pero protestó:

—No soy ninguna aventurera, ni Dalila. Yo...

—No, claro, no —sonrió Farrar apretando los nudos—. Lo comprobaremos hablando con Harian.

En el desván, dos linternas de petróleo siluetaban al hombrecillo cuyos pies apenas rozaban la madera del suelo.

De la polea carga-muebles colgaba en diagonal la soga sujetando las dos muñecas de Neil Harian.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y respiraba fatigosamente.

Le contemplaron en silencio Milton y Farrar.

Al cabo de un instante murmuró Milton:

—Canallas...

El pecho de Harian mostraba líneas rojizas e hinchadas. La misma sangre manchaba dos varitas de bambú colocadas sobre una

consola desportillada.

Las uñas de las manos las tenía quebradas por trochos de mondadientes de plástico incrustados entre carne y uña.

Los labios tumefactos se movieron, y dijo Harian con entonación del martirizado harto de repetir lo mismo.

—Podéis matarme, pero Rolf se arrepentirá...

—Alcohol, gasas, cualquier bálsamo y *whisky*, Kent —pidió Milton.

Bajó Farrar en busca de un botiquín, y Milton destrabó los nudos de la soga, hasta que Harian quedó sentado contra la pared.

Se mantuvo unos instantes sentado, y por fin resbaló a un lado, cerrados los ojos, debilitado por sus heridas.

Boqueaba sediento y hambriento. Había sobre un cajón, un plato con fruta, otro con jamón y una jarra de agua con hielo.

Todo lo habían probado, hasta el suplicio, de Tántalo, pensó Milton.

Llegó Farrar que, para abrir las mandíbulas de Harian, tuvo que insertar entre los dientes el mango de un tenedor.

Protestó Milton tras oler lo que contenía el vaso:

—¡Ya ha pasado bastante juerga el hombre!

Farrar, manteniendo con la rodilla el cuello de Harian, siguió empujando el vaso, cuyo contenido bebió ansioso, medio inconsciente, el expresidiario.

—Le vamos a salvar la pelleja, ¿no? —dijo duramente Farrar—. Han probado con él, el «pijama de cebra» y el bambú. Han probado la manicura, y tampoco sirvió. Le hicieron gustar las delicias del «cimbreo Yangul» y cero con cero.

Pensó Milton en la eficacia comprobada por los vietcongs, de una mezcla de alcohol puro, pimienta, mostaza y jarabe para endulzar.

En un prisionero mantenido más de diez horas sin beber ni comer, aquel raro brebaje le provocaba una somnolencia charlatana.

Una docilidad de discípulo aplicado contestando al maestro.

Los rasgos atormentados de Harian se distendieron, y una mueca de alivio se esbozó en la porción no quemada del rostro.

—Ya pasó todo, Harian. Betty te espera amorosa, y la vida te sonríe, caramba —empezó a decir Farrar con tono persuasivo—. Ya

no hay más chacales buscando tu alijo. ¿Por qué tenía tanto pánico secreto Larson? Quiso torturar a Betty, pero lo evitamos. Anda, Neil, contesta. ¿Qué pasa con Larson?

Cerrados los ojos, fue pronunciando Harian con dificultad:

—Cada semana me enviaba dinero como si fuera Betty, para que al salir fuese a verlo. Y en vez de aguardarme, me hace cazar por sus esbirros. Yo no quise decirle nunca dónde están los lingotes.

La convulsión de una carcajada se truncó en los labios hinchados. Milton iba aplicando tiras de gasa embebidas en mercromina y pomada cicatrizante. Había surcos donde cabían varias gasas.

—Pudiste decírselo, Neil.

—Era mi única fortuna, y además nunca pensé que me haría torturar, porque yo trabajé para él, cuando estaba en sus principios. Reventé la caja del Morocco *Stand*, y él apretó el gatillo contra Sidi Cherif y Glen Markoff, los dos guardianes del pabellón marroquí en la feria de Muestras en Lexington. Él sabe que si quisiera podría llevarlo a la silla eléctrica.

—Aguarda un momento, Neil, que te colocaremos sobre blando.

Barrar levantó en vilo al hombrecillo, después de haber escrito rápidamente en una hoja de block.

Milton bajó rápidamente dirigiéndose al teléfono. Marcó los números del Precinto Sexto, indicando que era urgente que se pusiera al aparato el sargento Kelly.

Y leyó lo escrito:

«Kelly, amplificador, registro. Explica que Harian hablará».

Rezongó la torcida pronunciación de Kelly:

—... Sargento Kelly escuchando.

—... Milton y Farrar en colaboración. Hemos encontrado a Harian en mal estado. Ha bebido y charla de modo interesante. Conecte con amplificador y registro. Harian está medio muerto, y lo sostiene Farrar.

Bajaba Farrar llevando en brazos al que cabeceaba. Lo colocó sobre el diván, y mantuvo el teléfono cerca de los hinchados labios.

Arrodillado dijo Farrar:

—Quedará entre nosotros, Neil. Y te ayudaremos a vengarte de Rolf Larson, que no debió portarse mal contigo, que sabes mucho de su sistema para ganarse el primer fajo de miles. ¿Cuál fue el primer trabajo en que intervinisteis?

—En la Exposición de Lexington. Me ofreció Larson quinientos para abrir la caja de los marroquíes. Pero acudieron Sidi Cherif y Glen Markoff, y Larson los acribilló. Yo me enfadé, porque no quiero sangre pero Larson me tranquilizó, pasándome una pensión cada mes.

—Pero en el asunto de los lingotes...

—Fue cosa mía y de Dave Gaslik. Lo mataron.

—Stan Foster y Butch Regan enviaron gentuza para tenerte así. Hasta que te hemos salvado, Neil. Tendremos que sacarles un buen dinero a los tres principales de la banda, ¿no crees?

Harian sonrió en mueca de agrado:

—Exacto... Me tratas bien tú, y era sabroso el trago. Rolf las pasará negras, pero pagará lo que le pidamos, desde sitio seguro. Fueron ellos tres los que hundieron el camión-postal en el Hudson, simulando un accidente pero nos emplearon a Carruthers, a Dennis y a mí, para hacer el choque.

—¿Choque?

—En el puente de Triborough, cruzó Dennis un taxi, donde se escondían Larson y Foster. Yo estaba en un turismo con Carruthers y Regan. Hicimos como que chocábamos, y el postal se detuvo. Saltaron Larson, Regan y Foster. Liquidaron a los tres del postal. Por eso yo me largué a Jersey. No quería trabajar más con Larson. Agua, dadme agua, compañeros.

Señaló Farrar el teléfono, y lo colgó Milton.

—Trae agua, compañero —pidió Farrar—. Mucha agua para nuestro amigo Neil. Lo primero es ponerse en sitio seguro, Neil. Vamos a recoger los lingotes de Upperman. ¿Dónde?

Pestañeó Harian, crispó las manos y susurró:

—Que no se entere Betty, porque así no me traicionará.

—Sólo tú y yo, Neil.

Enlazando a Harian por los hombros, acercó Farrar el oído.

—El pozo de la mina junto al gallinero del comodoro Kinsley. Allí sumergí la blindada, sujeta al último escalón de hierro bajo el agua. Agua, agua...

Se incorporó Farrar, mirando ceñudamente a los dos ingleses. Milton sostenía la jarra en la que bebía ansiosamente Harian. Glenda dijo:

—Es un delincuente, y...

Se interrumpió porque avanzaba Farrar.

Harris ya había desistido de apartarse de su cómplice. Acusó:

—Ella nos prometió cinco mil a cada uno, si Harian nos decía dónde estaban los lingotes. Dice que fue amiga de Arnold Upperman, el joyero inglés. Nosotros aceptamos cualquier trabajo, y ella nos dijo que Upperman pagaría la mitad del valor de los lingotes, en Londres.

—Y pensabais que era un viaje largo, que os lo hubierais ahorrado, tan pronto hablase Harian.

Rechinó la grava, y en el abierto ventanal procedente de la veranda, apareció el sargento Kelly. Midió el escenario y los personajes.

—Recibido el telefonazo, colaboradores. Recogidos Dermis, Carruthers y Betty. Esta otra tanda no figuraba en el programa. Va siendo hora que nos entendamos, ¿no, angelitos?

Farrar señaló a los que iba nombrando:

—Le presento a Glenda Martyn, que fue amiguita del joyero inglés Upperman, y se enroló como secretaria en la agencia Baxter, para por su cuenta contratar a estos dos detectives asalariados. Romney y Harris la obedecían a ella, que ordenó emplear todos los grados de persuasión, para que Harian cantase dónde escondió los lingotes, Harian creyó que eran gente de Larson.

Y al salvarle nosotros dos, se sintió inclinado a confidencias.

—¿Confidencias, ése?

Aproximándose al diván, miró Kelly, torció más la boca, y anunció:

—Tiene hospitalización para rato. Valiente bestia, eres, Harris.

Harris se encogió hacia delante al puntapié. Le imitó Romney, al repetir Kelly:

—Valiente bestia eres, Romney. Hace tiempo que os debieron retirar la licencia. ¡Ferguson, Mac Donald, Finlay! Despejad la sala.

Los tres policías llamados, entraron.

—Tú, Finlay, llévate a Harian al taller. Que firme el triplicado de su declaración. La dama dejadla unos instantes. Haced un viaje,

y volved a recogerme.

Se llevaron los policías a los dos torturadores y su víctima.

Kelly, sentándose en el brazo del sillón, ocupado por Glenda, insinuó:

—Tres años por secuestro, dos por malos tratos...

Escupió ella hacia arriba. El sargento Kelly, saltando a tiempo, vociferó:

—¡Mac Donald!

Acudió corriendo el convocado.

—Llévate a esta dama, antes que me olvide que soy un caballero.

Glenda abandonó la sala, atraída sin galantería por Mac Donald.

Kelly dijo a Britt y Kent:

—Madrugando firmaréis por triplicado. Teniendo en cuenta que Larson ya huele a voltaje elevado, seré comprensivo. Pero este galimatías me lo aclaráis ahora mismo.

Milton relató su entrevista en el «Bentley». Tomaba aliento tras decir que estaba en el despacho esperando a Farrar, cuando éste intervino:

—Entonces nos pusimos de acuerdo para ir al Precinto de nuestro distrito.

—Sí, claro, naturalmente, no faltaba más —rezongó Kelly—. Valen los actos por su resultado. Habéis puesto los ladrillos para encerrar hasta que rindan el alma en chispazos de alto voltaje a varios que me tenían mosca. Pero no abusemos de la confianza. Sigue, pelirrojo.

—Decidimos cobrar la prima del seguro si Harian tenía los lingotes.

—Esto es humano, lógico y veraz. Adelante, Farrar.

—Y firmaremos por triplicado, sargento —sonrió Farrar.

CAPÍTULO X

Kelly acompañó hasta el «Chevrolet» a los dos amigos. En el interior de la casa alquilada por Glenda estaba el equipo pericial.

—Una nohecita agitada, muchachos. ¿Alguna otra visita?

—Ya nos hemos ganado el descanso, sargento.

—Descansad, hijos míos, que hay excesos que pueden perjudicar. A las once en el despacho del teniente Douglas.

El «Chevrolet» arrancó, y Kelly se acarició la nuca, yendo al coche en que aguardaban los agentes Finlay y Mac Donald. Ordenó:

—Embalado al 3118, Jamaica Road.

Embaló Finlay. Al cabo de irnos instantes masculló Kelly:

—Soltamos a Larson hace media hora. Ponte en su pellejo, Mac. ¿Qué harías si fueras Larson?

—Poner primero en orden mis cosas, por si las moscas. Pregunto si hay noticias de Harian. No las hay. Me escamo y reúno a Regan y Foster para decirles que conviene un cambio de aires, hasta ver cómo se pone el clima. Creo que Larson no tardará en coger el primer avión. Pero todo está controlado.

—Menos un nido. Larson bebe los vientos por Melba. Querrá llevársela con el equipaje. ¿Dónde trabaja la pelirroja?

—En el *Play Gay*, jefe.

—Vira el timón, Finny. Al teatrillo de marras. ¿O acabó ya, Mac?

—Empiezan a las once, jefe. Y hasta cerca de las dos, hay un desfile de nenas que son albaricoque puro.

—Algo es algo. Me despepita el albaricoque carnoso, cargado de almíbar.

Melba Cortez acudió gozosa a abrir. Retrocedió mientras entraban Larson y Foster.

—Me dijeron que pediste vacaciones en el *Play Gay*. Nos vamos

entonces de vacaciones. Recoge lo esencial. Abajo tengo el coche esperando.

Sentándose, declaró Melba:

—Yo no pienso moverme...

Movió Larson la diestra repetidamente en bofetones poco recios.

—Ya me harté de aguardar tu consentimiento, chica. Acabo de salir del Precinto Sexto, pero tengo que mudar de aires por una temporada, hasta que se aclare quién mató a Talbot, y hayan dado con el escondite de Harian mis dos enviados. Recoge lo esencial, chica.

Llamaron a la puerta. Colocó Larson su mano sobre la boca femenina que iba a lanzar un grito de aviso.

Foster acudió a abrir, esgrimiendo la automática.

Entró Milton y Foster golpeó en oreja y nuca. Dijo Larson:

—Éste es el que nos ha descrito Boyd. Y éste era el que esperabas, guapa. Bueno, démonos prisa. Andando, Foster. Llévala al coche.

Foster la empujó hacia la puerta, pero ella se zafó, mirando rabiosa a Larson.

—Andando, Foster.

Abrió Foster permaneciendo en el pasillo. En el suelo, empezó a removerse Milton. Larson se dirigió a la puerta, llevando del codo a Melba.

Ya en el umbral, se volvió Larson encañonando hacia el que yacía en el suelo. Melba con las dos manos abiertas, agarró el brazo derecho de Larson.

Un estampido resonó amortiguado.

Procedía de la calle y le sucedieron otros dos disparos.

Gritó Foster:

—¡El «Colt» de Butch!

Bajó a saltos la escalera, mientras Melba, insensible a los zarandeos, se aferraba al brazo derecho de Larson.

Apoyándose en la alfombra, Milton sacudió la cabeza, y poniéndose en pie, embistió. Melba salió despedida al recibir el manotazo en el hombro.

Disparó Larson casi a quemarropa. Milton le cogía ya por el cuello y la muñeca.

El hueco de las escaleras hacía repercutir los disparos que

intercambiaban Foster y Mac Donald. Milton empujaba hacia arriba el brazo de Larson. En su costado ardía el plomo que había disparado Larson. Dobló las rodillas.

El ascensor se detuvo, abriéndose la puerta, mientras Larson iba bajando la diestra.

El sargento Kelly apretó dos veces el gatillo.

Larson encogió primero el brazo derecho y dobló también la pierna izquierda, al recibir en ambas extremidades un balazo.

Desde abajo gritó Mac Donald:

—¡Cayó Foster, jefe!

Enfundando se aproximó Kelly.

Asiendo por los hombros a Melba, preguntaba Milton caminando hacia el interior del piso:

—¿Estás bien, cariño?

—¿Y tú, mi vida?

«Mi vida» se dejó caer en el diván y murmuró:

—Es un refilonazo sin importancia. Con una enfermera como tú, resucitarían hasta los muertos.

En el umbral anunció Mac Donald:

—Redada completa, jefe.

—Llévate a Larson. Es la mejor noche que recuerdo desde que me casé.

A las diez de la mañana, Derek Rogers, sin uniforme acudió a abrir.

El sargento Kelly le saludó jovialmente:

—Hola, colega redimido. Te presento a Farrar, un chico que vale un rato.

—¿Qué tal, Farrar? ¿No entran?

—Estamos mejor en esta terraza, respirando aire puro, Rogers. Hable ya, Farrar.

Farrar contempló al impasible Rogers y dijo:

—Lo planeó todo formidablemente bien, Rogers.

Rogers miró a Kelly al contestar:

—No entiendo lo que quiere decir este fulano, Kelly.

—Yo tampoco, palabra —sonrió el sargento con un lado de la boca.

Tenía las dos manos en las caderas, abierta la americana.

Concretó Farrar:

—Derek Rogers, le acuso del asesinato de Arthur Talbot, Johnny Chalmers y Buddy Elliot. En el muelle 8 F, dársena norte de Jamaica Bay, dos testigos le vieron a usted, Rogers, hablando con Chalmers y entregándole dinero.

Rogers se encogió un poco. También Kelly.

—Usted cogió la pistola de Clive Talbot para que Johnny la entregase a Buddy. La misma noche anterior a la mañana en que Talbot visitó la agencia, le vieron a usted en...

Resonó el seco estampido. Kelly se había limitado a levantar la funda de cadera, insertando a la vez el dedo en el gatillo.

Herido en el hueco del codo, Rogers abrió los dedos. Farrar apartó de un puntapié la automática, mientras rezongaba Kelly:

—Te pusiste nervioso, Rogers. Y este chico es listo. Nadie te vio en ningún muelle. Pero Johnny tenía una amiga aficionada al licor. No se recató cuando Farrar invitándola la fue sonsacando. Y ella le dijo que hace dos noches, Johnny tenía una entrevista a las doce y media con un hombre en el muelle 8 F, dársena norte. No sabía quién era, pero Johnny regresó con billetes y una pistola para Buddy.

—Usted mató a Arthur citándolo por teléfono a las siete y veinte; diez minutos antes de recogerme. A Buddy y a Johnny les dio cita para las ocho menos cuarto en punto, diciéndoles que se aproximasen al coche para sacar a Arthur. Los dos desgraciados acudieron. Y usted los liquidó. Luego encontrarían el cuerpo de Arthur con balas del mismo calibre que la pistola que llevaba Buddy. Se cuidó usted de quitarle dos balas.

En el asiento posterior del coche, Kelly atendía delicadamente al esposado Rogers. Y dijo:

—Esta noche la aprovechó bien Farrar. Sondeó tu pasado, familia incluida. Partió de una idea fija. Un tirador como tú, no tenía por qué matar a dos tunantes, pudiendo hacer lo mismo que he hecho yo contigo: Tras el volante, volviéndose manifestó Farrar:

—Flora Rogers, muerta en Boston, hace unos dos años, al dar a luz. Y una partida de legitimación de Arthur Rogers, cuya copia existe en el Registro Municipal.

Dijo Rogers:

—Vámonos, Kelly. Cantaré de plano.

—Embale, Kent —indicó Kelly.

Embaló Farrar gustoso. Rogers habló parsimonioso:

—Mi hermana murió al dar a luz. Nadie sabía informarme hasta que pude hallar la pista. Arthur iba con frecuencia a Boston donde mi hermana atendía el guardarropa de un club de remo. Cuando tuve las pruebas indiscutibles, exigí dos cosas de Arthur, a cambio de mi silencio y de no matarlo. Ingresar como chófer y secretario de su padrastro y que legitimase al hijo de mi hermana. Lo hizo.

—Por lo que el chiquillo hereda legalmente —comentó Kelly.

—Eso es. Esperé la ocasión oportuna que fue cuando Arthur empezó a apasionarse por Melba. Me constaba que el viejo estaba ansiando que pasase lo que pasó, para salir de apuros monetarios. Odiaba a Arthur. Y por esto calibré que una vez condenado el viejo, el dinero revertiría en el chaval, pasando yo a ser su tutor. Ya condenado y apabullado el vejestorio, nadie podría acusarme a mí, pese al *cui prodest* o sea eso de a quién beneficia el asunto. Ante el taquígrafo, alegaré venganza, Kelly.

—¿Venganza contra Chalmers y Elliot?

—Eran carroña.

—Los mataste a sangre fría como al joven Talbot. Mal asunto, Rogers.

—Ante el taquígrafo alegaré que fue Buddy el que mató, y con las atenuantes, saldré con menos de cinco años.

Farrar detuvo el coche ante la entrada del patio del Precinto Sexto. Dijo Kelly:

—Perdiste facultades, Rogers. Este coche tiene registrador y no hace falta taquígrafo para recoger tu voz grabada en el magnetófono. A las once en el despacho del teniente Douglas, muchacho.

A las doce Georgia Baxter suspiraba emocionada mientras Farrar blandía la licencia firmada por el juez y el cheque de treinta mil dólares extendido por la compañía aseguradora de los lingotes Upperman.

Georgia recogió el cheque guardándolo en su bolso abierto.

En el compartimento vecino del «Pullman» hacia los lagos del Canadá murmuró Melba:

—Pareces aún más famélico, Britt, pero tus ojos ya no son de hielo.

El herido reclamó las atenciones de la única enfermera que

podía adivinar sus peticiones con sólo leer en sus ojos. Que habían perdido ya toda frialdad.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

